

El Ruedo



1⁵⁰
Pts



Bombita rematando un quite
(Dibujo de Perea)

El Puro

EN ESTE NÚMERO:

**MANOLETE
SE PREPARA ANTE
LA TEMPORADA QUE
VA A EMPEZAR**



**Un reportaje gráfico
del diestro cordobés,
actualmente en Campo
Cerrado, finca del
ganadero don Anastasio
Fernández**

(Fotos Mari)

(Información en las páginas 10 y 11)



LA SALIDA DEL TORO

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO



El Ruedo

Suplemento taurino de MARCA

Año II -> Madrid, 14 de marzo de 1945 -> Núm. 40

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



RESULTA prematuro, sobre lo conocido de la temporada, hacer cálculas de lo que habrá de ser ésta que ha comenzado con un par de corridas en territorios insulares y media docena de novilladas en las restantes provincias; pero dos cosas sí se puede asegurar que las habrá en abundancia: orejas y multas.

El melón de 1945 ya está empezado, y, al parecer, con las mismas características que el melón de 1944. Los lunes, la clásica información taurina, encabezada así, "Fulanito y Menganito

cortaron orejas en tales Plazas", y más tarde, en un día cualquiera de la semana, pérdida entre otras, esta noticia, también clásica: "Ganaderos multados".

Así exactamente marchan las cosas a los diez días de haberse abierto el primer chiquero, cuando ya van arrastradas más de cincuenta reses y cuando está en puertas el primer gran acontecimiento taurino del año: las tres corridas falleras. Tres fechas para Manolete, dos para El Andaluz, otras tantas para El Choni, una para Fermín Rivera y otra para El Estudiante. Albaserrado, Murube y Concha y Sierra son las tres ganaderías para los días 17, 18 y 19, con que los valencianos festejarán taurinamente su gran semana de Fallas. Y ya verán ustedes cómo hay orejas y triunfos apoteósicos; pero no se olviden de rebusar también la pequeña noticia de "ganaderos multados", y felicítense si por fortuna de los aficionados, y para mayor gloria de los diestros que componen los excelentes carteles, no las encuentran.

Entre tanto sigue la especulación con los diestros que no acaban de llegar, como si todos los barcos y todos los aviones hubiesen suspendido su marcha para provocar esas impaciencias de los señores empresarios, de las que tanto y con tan poco tino se habla. Porque, señores, es necesario meditar un poco y llegar a una conclusión más o menos parecida a ésta:

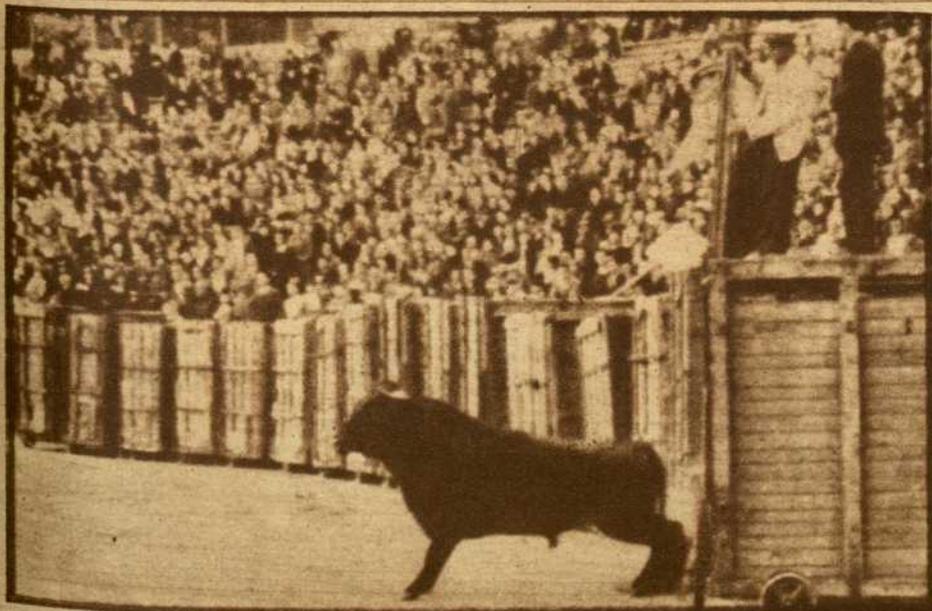
Si el año pasado, con dos o tres toreros de los que ponen las entradas a la altura de las nubes, salió cara la temporada, ésta, con más de una docena, va a resultar carísima, inasequible para muchos. Además, ¿estamos tan en precario de diestros para que depositemos todas las esperanzas en lo que nos ha de llegar por barco o avión?

A mí personalmente me parece detestable este sistema de especulación implantado por una propaganda que está tejida por ambiciones muy particulares y que entrañan un tremendo perjuicio económico para los aficionados.

Se firmaron alegremente muchos, muchísimos contratos, sin toques a la codicia y sólo pensando en que el público, al fin, lo pagaría todo con creces y si le sabían estimular sus caprichos, crearle deseos, prometerle tardes de brillo inusitado, de competencias jamás vistas, de apoteosis, que van a resultar de opereta...

No puedo negarlo, amigos míos: estoy disgustado y preocupado. Nos estimamos en muy poco, no sabemos querer lo que tenemos. Hacemos, en suma, un poco el paleta.

Y ni siquiera se vislumbra una necesidad, que daría más resultado del que pueda suponerse, algo muy pedido aquí, sin haber encontrado eco alguno, salvo en centenares de aficionados que me alientan con sus cartas y que, por ellos, repito una vez más: que se pesen los toros en vivo y se hagan públicos los resultados.



ANTE LAS CORRIDAS DE LAS FALLAS

Momento del desencajonamiento de la corrida de Albaserrada, que se ha de lidiar en los festejos de las fallas valencianas. (Fots. Vidal.)

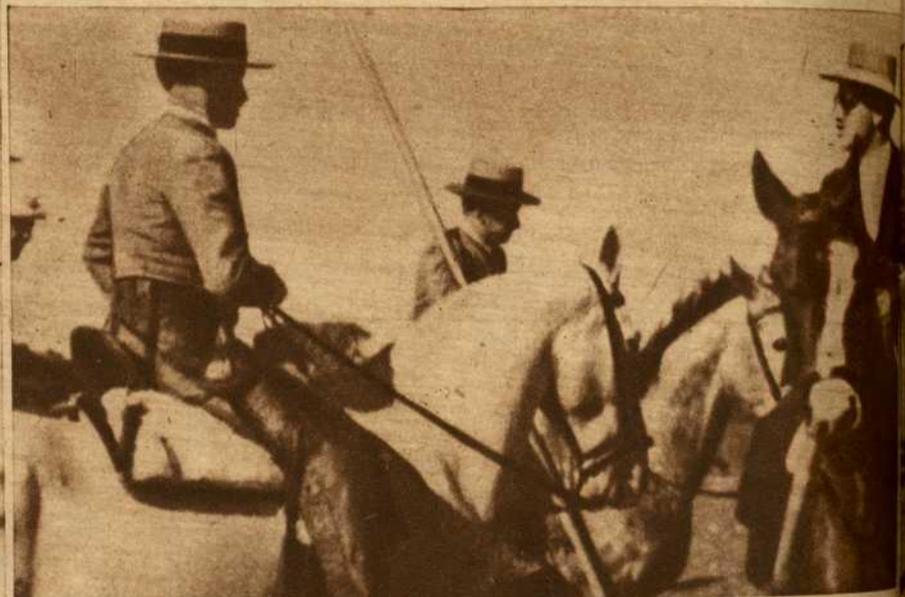
TIENTA EN GÓMEZ-CARDEÑA



Juan Belmonte y Alvaro Domecq posan para el fotógrafo en un alto durante la tiente de novillos celebrada en la finca del primero



Los tres hermanos Belmonte, a lomos de sus caballos andaluces, dispuestos para presenciar y tomar parte en la tiente, que momentos después se llevará a cabo en la finca Gómez Cardaña



Alvaro Domecq y Juan Belmonte charlan desde lo alto de sus caballos, comentando los incidentes que vienen desarrollándose en el transcurso de las faenas

"Gómez Cardaña", la finca donde Juan Belmonte tiene gran parte de su ganadería, extiende sus cerrados al borde del camino de Sevilla a Jerez, a la altura de Torres Alocar. Del otro lado de la carretera arranca la marisma del Guadalquivir. Pero en "Gómez Cardaña" se inician las primeras alturas, de la serranía de Ronda. Hace unos días han coincidido en el cortijo, con ocasión de la tiente de novillos, garrochistas de toda Andalucía la Baja. Allí estaban el marqués de Villabrágima, don Joaquín Murube, don Luis Ramos Paul, don José de la Cova, don Joaquín Pareja, los hijos de don Félix Moreno... y, como capitán de tan ilustre grupo, don Alvaro Domecq, que si en la plaza

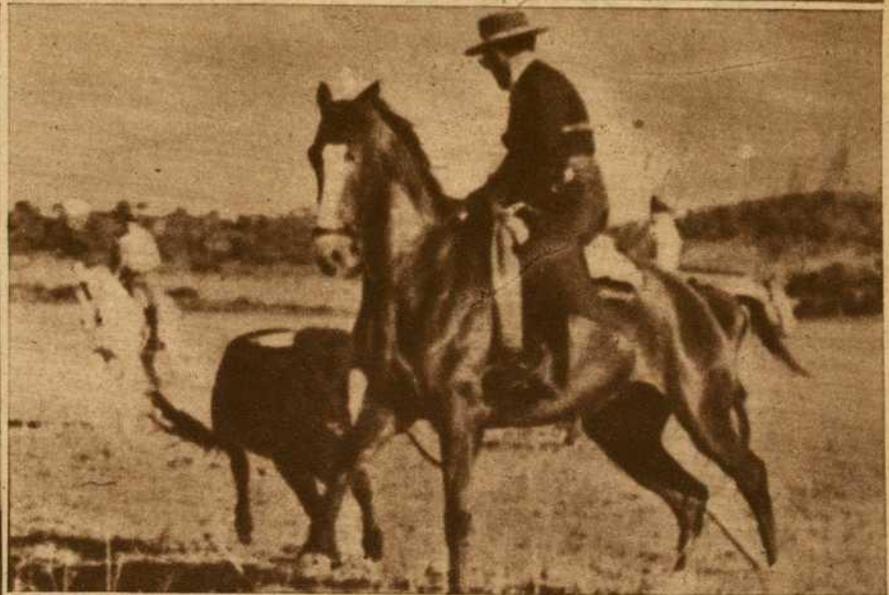


Garrochistas y espectadores, que de toda Andalucía concurrieron a la tiente de novillos celebrada en la finca de Juan Belmonte, Gómez Cardaña, momentos antes de dar principio las faenas de derribo se reúnen en un bello grupo, que da motivo al fotógrafo para conseguir esta placa

JUAN BELMONTE dirige la faena



Juan, Pepe y Manolo Belmonte, en compañía de los hermanos Domecq, hacen un alto en las faenas, charlan, pronostican y dan lugar al mismo tiempo a que nuestro fotógrafo cumpla su misión



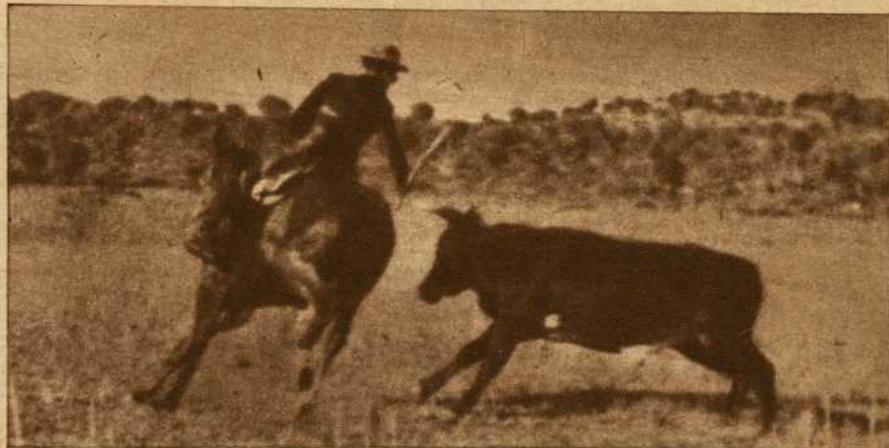
Belmonte, tan buen caballista como torero, pisa, como tantas veces lo hizo en el ruedo, el terreno del novillo, que enclavado, busca el caballo, que nunca se le pondrá al alcance de sus cuernos



Alvaro Domecq, que tomó parte activa en la tiente, descansa de la brega, acompañado por otros dos garrochistas

sabe ganarse el aplauso y la estimación de los públicos, en el difícil arte de rejoneo a la española, en pleno campo, sabe mostrarse consumado y experto garrochista. Viéndole acosar y derribar, ir y venir de un lado para otro, dejando que el toro peñara con sus cuernos la cola del caballo; viéndole, en fin, jugar con el toro, sin más arma que la garrocha y la excelente doma de su caballería, se comprende la belleza de esta faceta campera de la fiesta brava, que tan poco conocida es.

Juan Belmonte y sus hermanos Manolo y Pepe dirigieron las faenas del tentadero, haciendo después los honores a los invitados en el caserío de "Gómez Cardaña".



Otro de los momentos en que el torero de Triana juguetea graciosamente con el novillo, que muy de cerca le acosa



Y sigue el juego del trianero con el novillo, gozándose el torero en la belleza del lance y apurando la bravura del novillo hasta sus límites



Juan Belmonte, que como buen torero es gran aficionado a las faenas del campo, cita a un novillo desde su caballo para jugar con él en carrera por el amplio campo de la finca Gómez Cardaña



Y ahora es Alvaro Domecq el que pone en práctica su largo y amplio conocimiento del caballo y del toro, dejándose perseguir muy de cerca por el novillote. (Fots. Arenas.)

SIN VISTO BUENO

LA PROXIMA VERDAD

Por EL CACHETERO



ESTO sí que va de veras, tanto, que por este año hemos de considerar fenecida la sección, que no puede mantenerse desde el momento que comienzan a brillar los trajes de luces por las Plazas. Todo lo que en ella hubo de comentario de la ya lejana temporada anterior, e incluso los augurios para la que está entrando, quedan ya fuera de lugar y ambiente. Ahora ya no resta en pie sino una verdad a medias, que en otros tiempos era más entera y verdadera. Me refiero a la salida del toro, que ponía en su sitio cuanto de cábala o augurio tenían los meses precedentes a la celebración de la fiesta. Entonces podía decirse que

la verdad se imponía porque salía el toro, y ahora sólo podemos decir que con el medio toro saldrá la verdad a medias. En esa media verdad, que no comparece porque se escamotea desde las dehesas, es donde se ha apoyado una sólida entidad que antaño, aun existente, era un tingladillo que amenazaba ruina en cuanto un buen mozo jabonero se lo llevaba por delante.

Me refiero, en este último artículo de abono, a que en este tiempo actual los entresijos del toreo —"el toro", como me ha revelado que se dice mi amigo Bellón— tienen una consistencia y una seguridad que estoy por decir que va camino de ser rascacielística. Y sin riesgo o quiebra posible, por cuanto la antigua incógnita, base de la fiesta de toros, que era el toro o, como se le llamaba, "el enemigo", tiene poco de incógnita y muchos menos quilates de enemistad. De esta forma, los tinglados, combinaciones, acaparamientos, trusts y demás formas del negocio taurino, pueden moverse más a sus anchas, pueden proliferar hasta convertirse en jungla complicada de entrelazamientos, ya que no va a haber demasiado enemigo que los contradiga o los ponga en grave riesgo. Cuando los aficionados de antaño, aquellos beneméritos asistentes de bombín y bigote con gafas, osan hablar de runcres de tal o cual mangoneo, estaban seguros, bajo su sonrisa de suficiencia, que todo aquello, más las sempiternas ganas de hablar que adornan el ambiente taurino invernal, era cosa que ofrecía tantos riesgos, que no quedaban sino poquísimas probabilidades, casi nulas, de que prosperasen. A la manera de los trabajos mitológicos de Hércules, toda clase de pruebas se encaranaban con los invernales propósitos, desde la existencia de un ganau serio hasta las obligaciones morales de fechas y lugares que se imponían a los diestros. Al final, lo que salía a flote, poco más o menos, era lo que había valido, o sea, la verdad ante el toro.

Yo, que soy aficionado menos antiguo y escéptico sobre la situación actual de la fiesta, comienzo a sospechar que el secreto de la temporada no está en los cuñeros, sino en los sitios preferidos por los mangoneadores del toreo, porque, en definitiva, no veo qué cosas van a contradecir sus propósitos. El público está desviado, salen unos toros dóciles a todas las suertes y a todas las combinaciones, con un porcentaje de fallo casi irrisorio. El uno barbeará las tablas y el otro se arrancará de largo; pero, en suma, no presentarán serias dificultades a ninguna carrera, porque, en principio, todo lo que salga por los chiqueros no va a presentar más problema que el de la mayor o menor colaboración a lucimiento estético. Y esto, conociendo un poco a los diestros, ya casi puede profetizarse de antemano en qué cantidad se va a dar.

Puede augurarse que Fulano toreará tantas corridas, y casi, casi, cuántas orjas se lleva a o que se negará a tal compañía. Pero cuanto menos importancia tiene el toro, más la van cobrando los apoderados, los directores artísticos, los empresarios, y en general, todos los habitantes de las anticámaras de las Plazas. La fiesta actual está ahí, de ahí sale su resultado, y no de los chiqueros. Por eso piensa uno que el secreto de la temporada por venir lo tienen en la mano unos cuantos señores que se pasan el día entre nos, reuniones y embrollos. Los toros ya dicen poco, y no me extrañará que pronto los mismos toreros sean un cero a la izquierda, a no ser que aprendan, y al retirarse ingresen en esa cofradía de directores o apoderados, que es hoy por hoy la verdad, cada vez más próxima, de la fiesta y quien manda en todos los rincones de los ruedos toriles incluidos.

En fin, amigos, si les divierte esa perspectiva, que lo pasen ustedes muy bien.



E F E M E R I D E S

DE MIERCOLES A MARTES

Por J. HERNANDEZ-PETIT

MARZO

14

MIERCOLES

SE han parado ustedes a pensar alguna vez quién sería el primer matador de toros que, además de valor y arte, le pusiera al guiso sal y pimienta, o sea, alegría al toreo? Por que no cabe duda que, a juzgar por mil indicios —es un decir—, nuestros antepasados eran tan serios para la paz como para la guerra. Se dejaban la barba y no existían ni navaja barbera ni maquinillas. Por lo leído, me imagino yo que Juan y Francisco Romero, Jerónimo y José Cándido, Montes y Juan León, lo mismo que Costillares, fueron toreros como muy bien pudieron haber sido alabareros al servicio de los monarcas de la casa de Borbón. Pero, de repente, surgió Pepe-Hillo, que había nacido el 14 de marzo de 1754, y adió seriedad, adió clasicismo, adió escuela rondañá. José Delgado, ídolo de multitudes, prototipo de chistoso, hombría y rumbo fué, sobre todo, popular por haber nacido sevillano, es decir, alegre y pinturero. Así creó la nueva escuela. De haber sobrevivido "el Greco", le hubieran odiado. Hoy escribimos de su vida, y cuando hagamos referencia al 11 de mayo, nos ocuparemos de su muerte trágica.

Ahora vamos a evocar el 15 de marzo de 1869, en cuya fecha nació Antonio Fuentes. "Después de mí, naide, y después de naide, el Fuentes", había dogmatizado el Guerra. En verso, junto a una caricatura admirable de Fresno, en "Los Toros" —octubre de 1909—, se decía de él: "Es el resto que nos queda — de aquellos toreros clásicos — que conocieron el arte — y lo elevaron tan alto. — Ya se va; pero su falta — la vamos a notar tanto, — que nombraremos a Fuentes — como a Guerrita nombramos; — pues con una pierna inútil — y a su edad (que nos callamos), — vale más que muchos jóvenes..." ¿Para qué añadir nada por nuestra parte, sino que compitió con Espartero, Guerrita, Reverte, Emilio Totres, Mezzantini, Algabeño, Machaco y Pastor? A los treinta y un años Fuentes fué el rey de oros, o el as, porque vale más, ¡que también aquí se escriben... alhuyas!

El 16 de marzo de 1919 tomó en Barcelona la alternativa Ignacio Sánchez Mejías, que sobrevivió a Joselito, su cuñado. Las astas de los toros no hacen distinciones en cuanto a edades ni en cuanto a nada. "O se quitan o los quitan." A Ignacio, que fué valiente, pero torero basto, y que no acabó de entrarle por el ojo derecho al público de Madrid, ¡más le valiera —cual hicieron Pastor y Marcial, en dos épocas— haberse retirado definitivamente, tras anunciarlo la primera vez! ¡Que nunca segundas partes fueron buenas! Y usted perdone, mi querido amigo don Vicente Barrera...

¿Quién creen ustedes que será el sucesor de Manolete? ¿Piensan, tal vez, que se lo voy a decir?... Lo haría con mucho gusto si lo supiera. Tan sólo afirmaré que puede que surja esta temporada y puede que la próxima sea el amo del cotarro. Digo "puede", sin referirme a nadie en concreto. Escribo así, porque tal pasó con el malagueño Paco Madrid, que se presentó en la Villa del Oso y del Madroño el 17 de marzo de 1912. Un año antes nadie le conocía. Se hizo notar, sobresalió como novillero, y después de darle la alternativa el Gallo, se hizo el amo. Después..., ¡más vale no hablar de los que alcanzan la popularidad y luego se eclipsan, por esto, 'o otro o lo de más allá!

En 1887, el 18 de marzo por más señas, nació Larita. A propósito de lo antes dicho, este diestro ha sido el campeón de las retiradas. Gracioso, simpático, popular, "bufó", según algunos, no ha sido mal torero ni mucho menos. Y más listo que el hambre, según cuentan, una vez llegó a anunciarse en los carteles haciendo escribir a continuación: "Que esta vez se retira en serio." ¡Yo no lo he visto! En los Estados Unidos tal vez hubiera sido uno de los titulados "Reyes"... Y millonario.

19 de marzo: San José. En este día, y en 1870, nació Cheché; en el 83, Pepete III; en el 95, Lindeño. Y antes, en 1839, berreó, como todos los niños al entrar en el mundo, Chicorro, que también se llamó Lara de apellido y José de nombre, como todos los citados. Nació en Algeciras y, al parecer, fué uno de los mejores ejecutores del salto con la garrocha. Frascuelo dijo de él: "¡Cuánto puede esperarse de este tercer espada!" Y Laertije rubricó en su ocaso: "Chicorro nos hubiera hecho apretar las ligas." Y conste que todos los que se visten de toreros se aprietan las ligas con mucha más dificultad que las mujeres.

En fin, el 20 de marzo de 1945... hará ciento veinte años, nació Panadero, José, que, como a su hermano Manuel, se le recuerda porque los dos fueron hijos de José y Gertrudis, o sea hermanos de Gordito. Así como hoy los matadores imponen a sus cuadrillas y hasta a sus amigos y protegidos, Gordito —que fué famosísimo banderillero, a quien se disputaban las Empresas— imponía a sus hermanos, los matadores José y Manuel, que realizaron menos hazañas que el Cid.

MARZO

21

MARTES

Cartel de Barcelona

SEIS novillos de Guardiola,
para LLORENTE, ANDALUZ II
y NIÑO DE LA PALMA

RESEÑA

BARCELONA 11.—En las Arenas. Seis novillos de Juan Guardiola, de Ultera, para Llorente, Andaluz y Niño de la Palma.

Gran entrada: Preside don Rafael Guerrero. Las cuadrillas son aplaudidas al hacer el paseillo.

PRIMERO.—Llorente lancea templado, luciendo en quites. Tres varas y un picotazo, y dos pares y medio de banderillas.

Llorente hace una faena valiente, aunque sin ligar. Un pinchazo, una estocada contraria y descabella. (Aplausos.)

SEGUNDO.—Andaluz es aplaudido con la capa. Tres varas y tres pares de banderillas. El novillo llega muy nervioso a la muerte, no pudiendo lucirse el matador, quien trestó por bajo señalando un pinchazo y media estocada que basta.

TERCERO.—Niño de la Palma es aplaudido con la capa. Sobresale un quite de Andaluz, que se ovaciona. Tres varas y tres pares de banderillas. Niño de la Palma inicia la faena con tres pases por alto superiores; sigue sobre la derecha, intercalando varios molinetes que se aplauden. Estocada bien puesta, de la que el novillo rueda sin puntilla. (Ovación, petición de oreja y vuelta al ruedo.)

CUARTO.—Llorente lancea con valentía. Tres varas y dos pares y medio de banderillas. Con la muleta, Llorente oye música. Destacan dos tandas de naturales, que se aplauden. Más faena sobre la derecha, para una estocada entera y descabello al tercer empujón. (Ovación, petición de oreja y vuelta al ruedo.)

QUINTO.—Andaluz lancea para fijar al bicho. En quites se registra uno muy bueno del Niño de la Palma. Dos varas y dos picotazos. Los subalternos clavan los de reglamento, sobresaliendo dos pares de Corpas, que se ovacionan. El Andaluz oye música, realizando un muleteo en el que destacan unos pases por alto muy buenos. Intenta torear al natural, pero no lo consigue. La faena cobra más sabor al llevar la muleta sobre la derecha. Así da varias manoleínas muy ceñidas. Un pinchazo, media estocada en lo alto. (Ovación y vuelta al ruedo.)

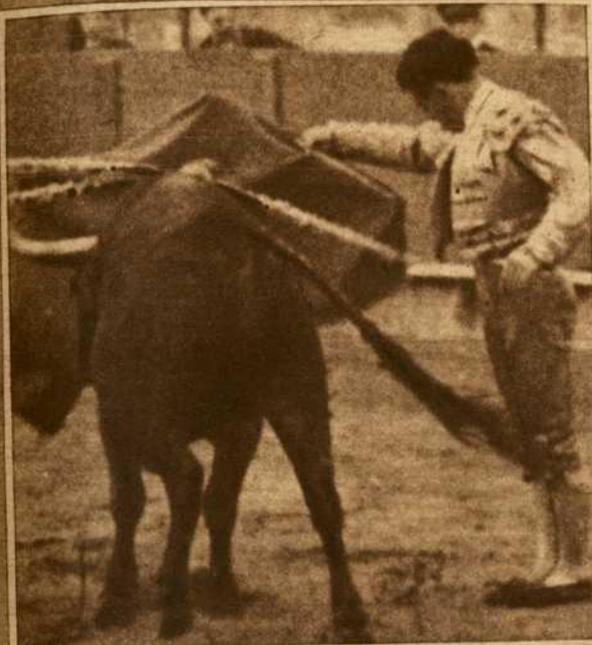
SEXTO.—Niño de la Palma lancea para fijar. Oye aplausos en quites. Tres varas y tres pares. Faena superior, en la que destacan tres pases por alto, inmensos. (Música.) Sigue muy torero, con cambios de muleta ante la cara del novillo, molinetes, derechazos y toda clase de adornos. Una estocada delantera y descabella al segundo golpe. (Ovación, siendo paseado en hombros por el ruedo.)

El peso de los novillos lidiados en la tarde de hoy, en canal, fué el siguiente: 206, 186, 186, 202, 219 y 215.—Mencheta.

JUICIO CRITICO

BARCELONA 11.—Don Juan Guardiola ha dejado en buen lugar la divisa de su ganadería, pues la novillada, en cuanto a presentación, apenas si tuvo pero. Algo desentonaron quizá las reses corridas en segundo y tercer lugar, y respecto a la bravura, ya nos conformáramos que saliesen por los chiqueros astados que embistieran con la alegría y el buen estilo de los de esta tarde; aunque a dos de ellos, el quinto y el sexto, hubiera que porfiarles algo. Para los de a pie no acusaron defectos insuperables ni muchos menos, conservando, esto sí, bravura, poder y nervio, como corresponde a ganado de casta. Una gran novillada, en suma, por lo que a ganado se refiere.

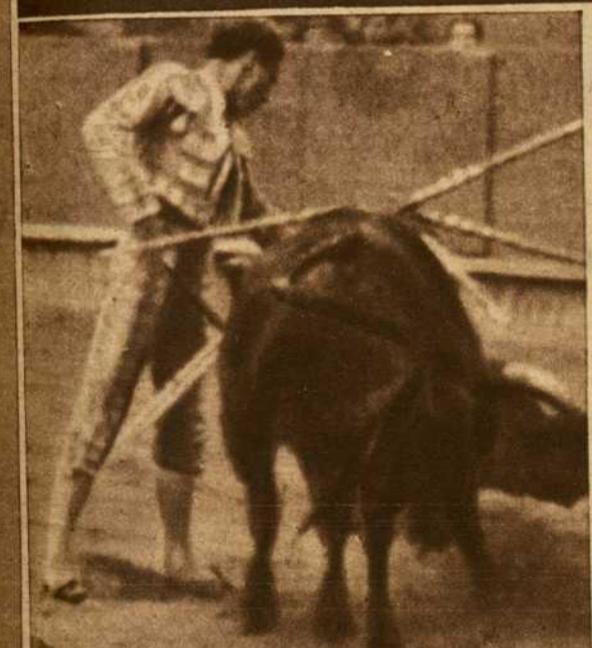
Los tres espadas estuvieron a cual más voluntariosos, mostrándose activos y trabajadores en el primer tercio, que animaron en todos los toros por su empeño, no siempre logrado, de hacerse aplaudir, ya fuese en lances de costado o faroles o en chicuelinas, verónicas y medias verónicas, exponiendo mucho. También con la muleta lograron hacerse aplaudir y jalear los tres matadores, en cuyo honor sonó repetidamente la charanga, prueba de la comolencia con que en general fué recibida su labor, que dispó, claro está, de la perfección, cosa lógica en quienes no han llegado todavía a la plena madurez de su arte; pero que tuvieron a su favor —y esto hay que agradecerse— la tenacidad, el esfuerzo, la voluntad por sacar, dentro de las posibilidades, el mejor partido posible del ganado que les había correspondido, que no era, ni mucho menos, el toro de media casta, sino el bravo y de nervio que se revuelve codicioso y al que hay que parar y aguantar mucho para no verse dominado por él. Con la espada mostráronse también muy decididos los tres, siendo, desde luego, Llorente el de más estilo, y como fueron breves y eficaces, de ahí que menudearan las ovaciones, las vueltas al ruedo y las salidas a los medios.



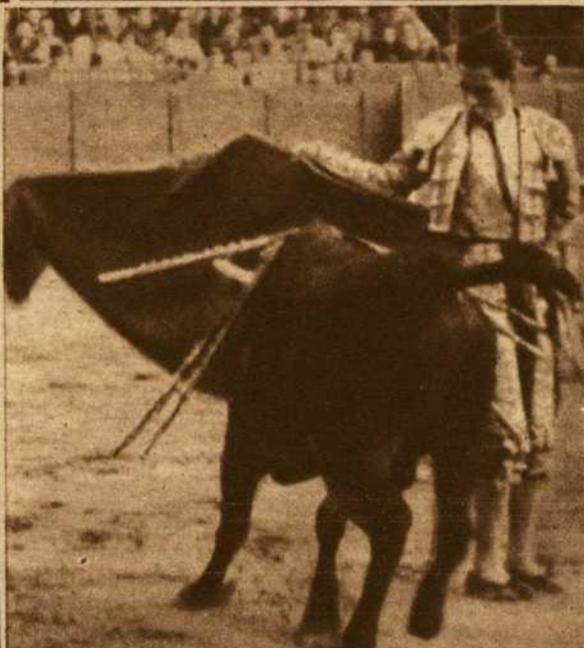
Llorente en un muletazo por alto



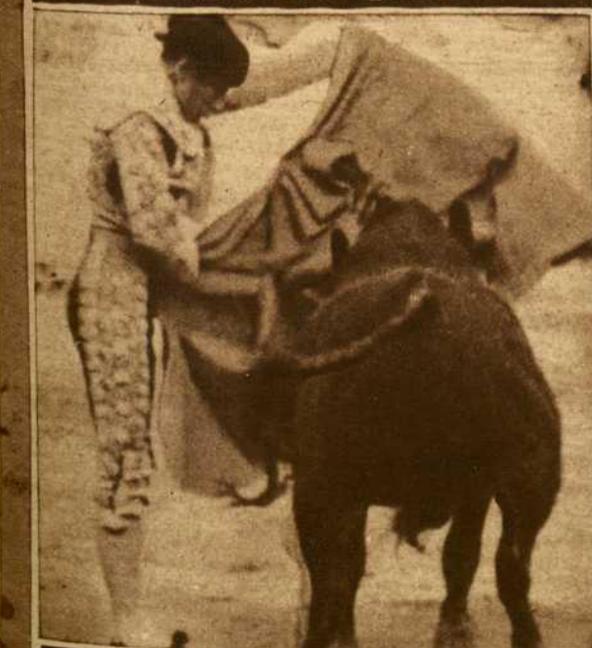
Llorente pasando de muleta



Andaluz II en un natural



Andaluz II toreando por manoleínas



Niño de la Palma veroniqueando



Niño de la Palma en un pase de pecho
(Fots. Valls.)

EL ARTE DE TOREAR Y LA MOJIGANGA

¡Aquellos torillos que también se reían...!

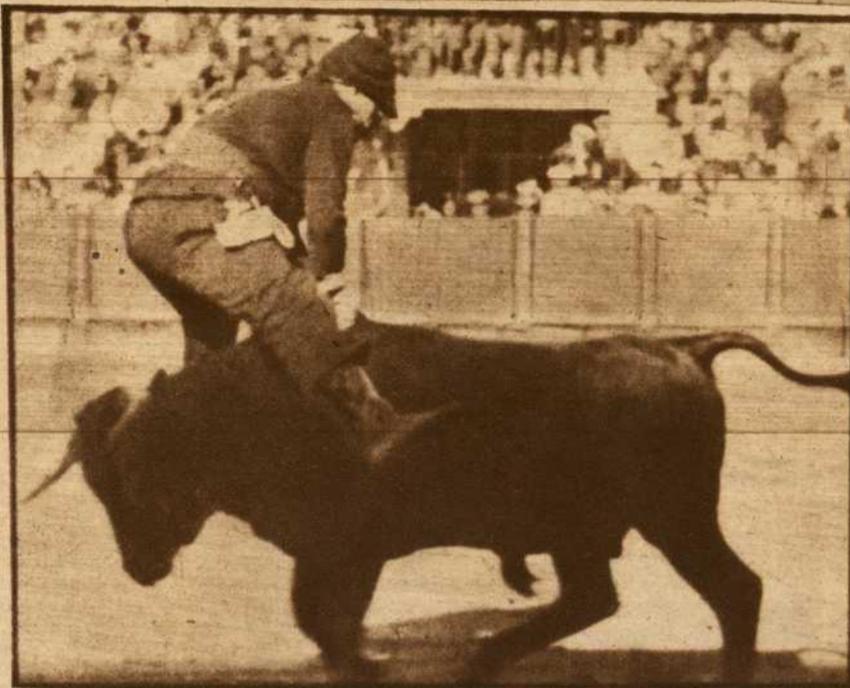
Por JOSE CARLOS DE LUNA

Así como al antiguo teatro dramático le iba bien, de remate, el entremés cómico o el baile a lo popular y jacarero, desde tiempos viejos se emparejó al arte de torear emocionando el de payasear divirtiéndolo. Claro que el toreo chusco con cuadrillas y empresarios *ad hoc* es cosa moderna. Nunca lo criticamos como cosa despreciable y desafortunada, porque nos hacía reír, y de buena fe hallamos en sus ridiculeces cierta gracia y hasta relativa inspiración artística. Si nos atreviéramos, aseguráramos que formó escuela: ¿de bufonadas...? De algo más, puesto que determinados lances que hoy se practican entre aplausos y raciones de histéricas dilaciones no se diferencian de las tonadas de Charlot, Fatigón y Llapistera sino en el atuendo y, si acaso, en la retribución, pues hasta los enemigos ante que se instrumentan son parejos en esencia, presencia y potencia. Todo el toreo de florituras sacadas de quicio y desplantes sin venir a pelo, dentro del ya famoso terreno *inconcebible*, se practicaron en el toreo bufo con mucho más arrojo porque se le daba menos importancia al vestido. Luego, para unos y otros, las carcajadas y las palmas resonaban a lo mismo: a contratos ventajosos.

Por camino de comparaciones y contrastes llegaríamos a cosas y casos que mantienen a la moderna afición chupándose el dedo, porque todo lo que se nos ofrece en la minuta es piñonate y galletas de coco.

Culminó el toreo bufo con aquellos dichos que sabían de toros más que la paloma azul, y precisamente cuando la fiesta alcanzó su máximo esplendor; no le hacía sombra al serio y de verdad, ni había por qué indignarse si la parodia movía a risa. Ambos estaban tan lejos y tan cerca como en la vida el drama truculento del sainetillo, y por eso precisamente puede temerse hoy que lleguen a confundirse sus dogmatismos, aunque el ritual se esfuerce en mantener las diferencias.

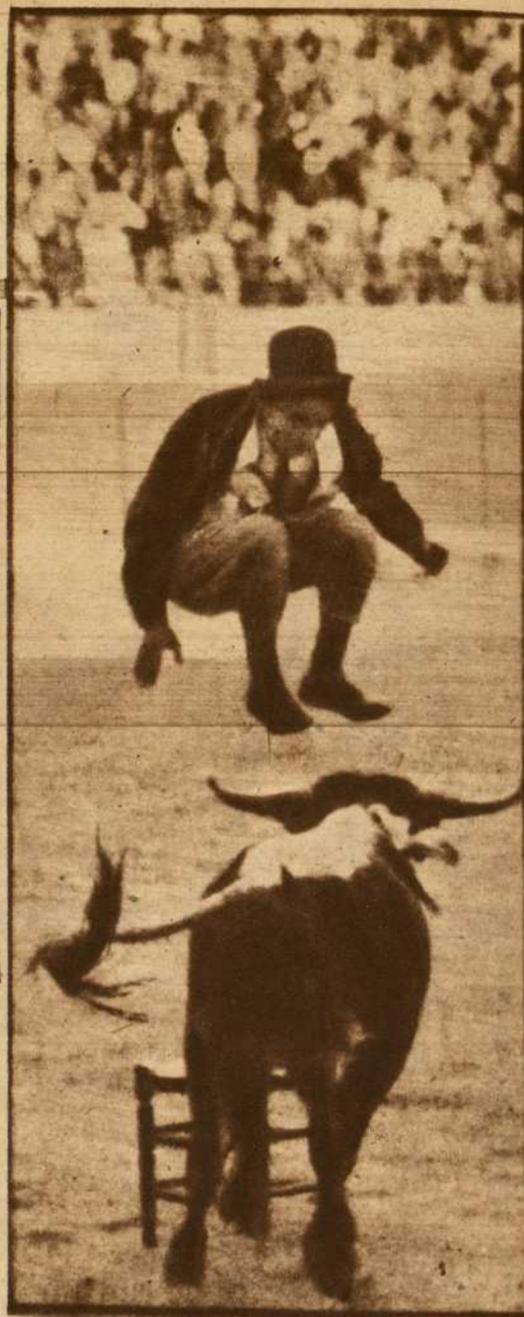
Aquellos novillos juguetones y sacudidos de carnes, ejes de las bufonadas, saltaban al ruedo alegres y dispuestos a divertirse. Pronto se ganaban la simpatía del público, nada respetable, afortunadamente, y ellos parecían entenderlo y agradecerlo porque no se enfrentaban con nada sangriento ni brutal; se mofaban de su acometividad y devolvían la burla a su manera; y cuando el clarín tocaba a muerte, se les despachó con rapi-



Uno de los múltiples graciosos que actúan en las "charlotadas", en un salto sobre el becerro

dez envidiable porque sus ejecutantes, filósofos extremados, sabían perfectamente que si provocaban la conmiseración daban al traste con la razón de su existencia artístico-industrial. Pues los mismos novillos, un poco más tristes y más gordos, conscientes de su alcurnia y depositarios de una economía doméstica en la que se vinculan muchas respetables ilusiones, no tienen hoy en las corridas serias ni tiempo ni gusto para invocar los fueros de su juventud tan torpemente sorprendida. El caecón brutal y asalariado de los varilatgueros se ceba y receba en sus pobres carnes apoltonadas con científico apresuramiento. Espantados y jadeantes ven descender al Arte los peldaños de su áurea escala para ponerse al nivel de la cuquería; todo en su derredor son zancadillas y aspavientos, hasta que ya aturridos, ciegos y agotados, topan por atavismo, ansioso una muerte que sería lenta y acongojadora si no llegaran a sus umbrales ya en brazos de Gerión, que los cede a las mulillas sin que los pobres animales se enteren de lo que intentan las abejas de oro y grana que les hurgan sus inútiles pitones ni de por qué claman y se enardece el enjambre humano que rodea su pobre juventud desamparada.

¡Torillos de las charlotadas, que moráis de un sablazo limpio y sin desmesurados requilorios, conservando a flor de morros la risa jocunda que ayudastis a despertar! ¿Verdad que no sospechabais lo que el Destino os guardaba? Tened confianza en un mañana mejor, os aseguramos que no falta mucho, en el que volveréis a cooperar al sano regocijo de una multitud dominguera y desprecupada, y hasta quizá paséis a arte mayor en los escenarios de los grandes teatros líricos del mundo, porque cuando se supriman las actuales *suertes* de picadores, llamadas a quitaros el poco poder de manera brutal e impertinente, y vengáis del huerto de vuestro amo ya adobados con fáciles e ineficaces tratamientos hipodérmicos, ¿para qué las Plazas al aire libre ni los asientos de piedra? Un buen escenario con decorado sintético para que no distraiga la atención del espectador, una buena orquesta: seda, oro, blues y foco... y ese terreno *inconcebible* para los que todavía creen en vuestros instintos de fieras. ¡Pobres reses hortelanas, sociables y criadas a mano! ¡Pisáis, casi sin daros cuenta, de la estrechez del pequeño predio rústico donde visteis el sol por vez primera al del ruedo donde lo veis la última, ignorando el sabor de las habas y la alegría de correr delante de una collar de garapachistas que se vistan de coito para algo más que retratarse. La primera cornada la daís a la sombra de un acebuche o a una palma que jarpoca el viento, y la última a una colchoneta de erin vegetal; entre ambas, tres años de molición objetiva los hacen sumisos y desilusionados, y tras quince minutos de bullanga os arrastran al desolladero sin orejas y rabones. ¡La dichosa casta os igualó en vida, y la simpatía humana os desmochó y desrabó después de muertos! Y mientras el matarife canta, allá dentro, vuestros doscientos kilos de carnaza sebosa, en la Plaza toca la charanga un *pasodoble* muy torero y vuelan las orejas y el rabo peludo como exponentes de blandengue contentamiento y rúbrica de ubérrimos contratos.



Un Charlot de tantos en otra clase de salto, en el que, con riesgo, se busca la risa del público

Y otro Charlot más, y va el tercero, el cual, ayudado por su Botonera, lleva al bicho cogido de los cuernos





Al entrar los «campinos» en el cercado para echar pienso a las reses, olvidaron cerrar una de las talanqueras. Un toro, un hermoso toro de Palha, no hizo caso del grano que los vaqueros han distribuido y sale con dirección a las marismas del Tajo.



Los labradores se dieron cuenta del peligro. Avisaron al mayoral, y éste, con sus «campinos», salió en busca del fugitivo. Uno de los vaqueros, el mejor caballista, desafía al bicho con la garrocha y, «campinándolo», lo lleva al lugar que conviene a sus fines.

¡SE ESCAPO UN TORO DE PALHA!



Otros vaqueros que fueron en busca de los mansos llegan oportunamente para «arropar» al toro y conducirlo al cercado. Renace la tranquilidad en los labradores y los viajeros que van a Villafranca de Xiva reanudan su camino.



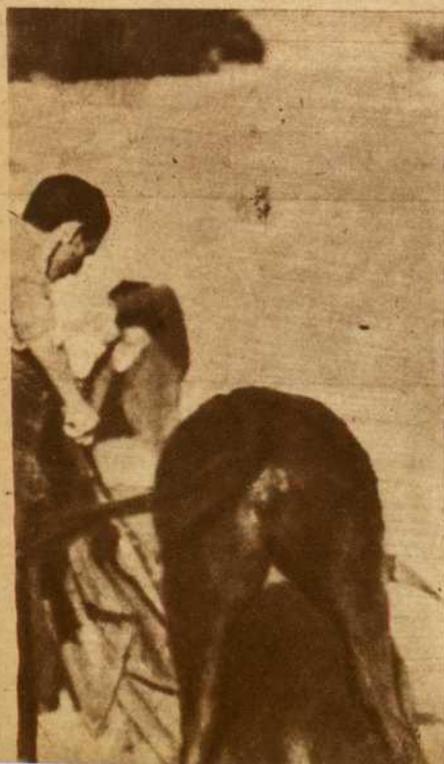
Los «campinos» han terminado su faena. Ya encerrado el toro, dejan que los caballos, a paso lento, descansen de la agotadora galopada. Luego guían sus bestias hacia la orilla del Tajo, que aquí no es rojizo como en Toledo, y mientras los caballos beben, los «campinos» se contemplan en las claras aguas del río.



Manolete, con la capa ligeramente sujeta, apoyado en la pared de la placita, sigue los movimientos del becerro



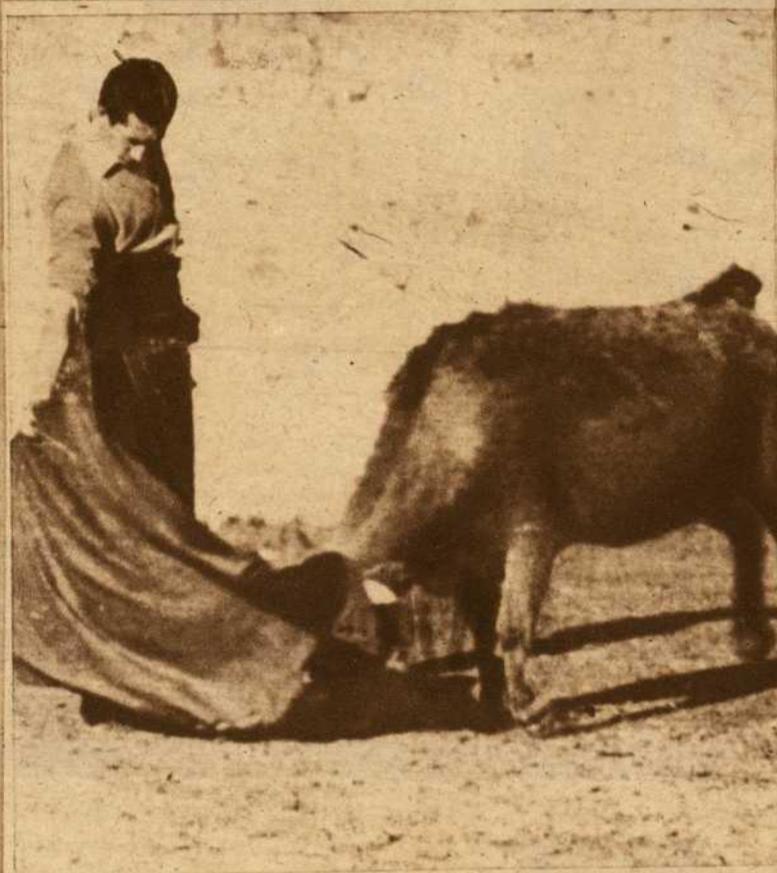
Arriba: El torero cordobés, en el pase de la muerte, dado con su característico dominio.—Abajo: Un natural, en el que el temple se une a una justeza magífica



Un reportaje gráfico

MANOLETE

se prepara ante la temporada que va a empezar

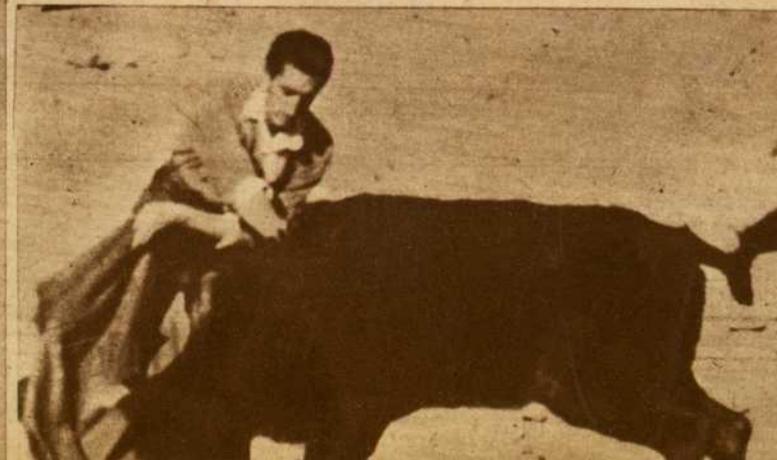


Ahora es un derechazo. Y es de ver la sensación de dominio que imprime el cordobés a su toreo, en el que se advierte la madurez de su estilo

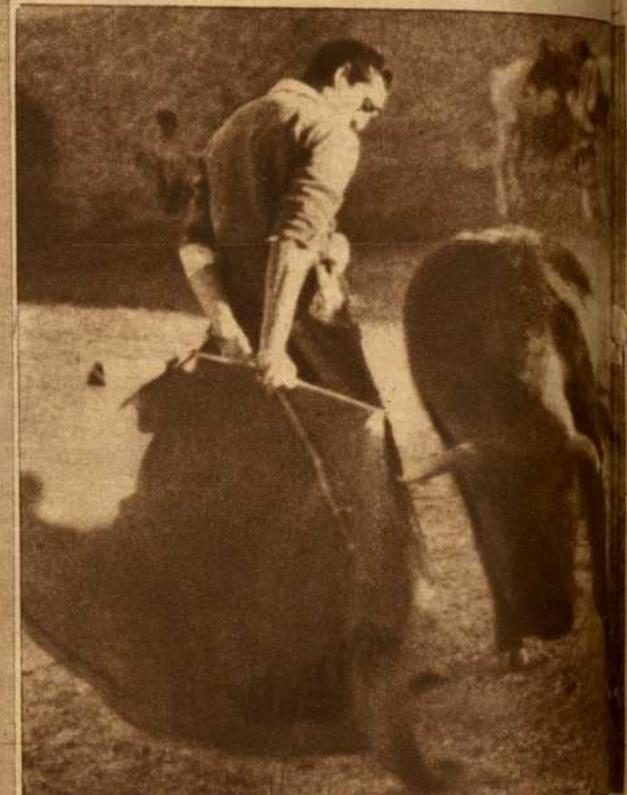


Toda la gama de adornos realiza en este entrenamiento el cordobés. La temporada se avecina, y hay que pulsar las condiciones en que se encuentra para actuar

La suerte de matar, realizada en simulacro de una manera impecable, yendo el becerro perfectamente embarcado en la muleta



Tan despacio mueve la muleta el cordobés, que la cabeza del bicho se incrusta en la franela de la muleta



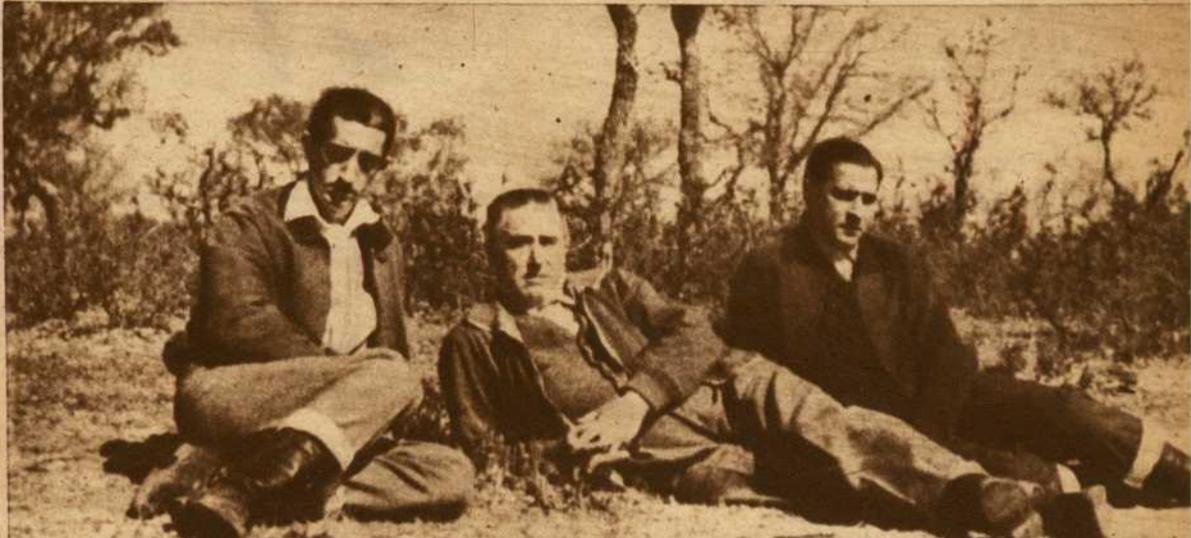
Un adorno de Manolete en la tienta celebrada en Campo Cerrado, finca del ganadero don Anastasio Fernández

Un pase por bajo con la derecha, tan clásico en el estilo de Manolete. (Fots. Mari.)





A la izquierda: Manolito en la finca de Campo Cerrado, propiedad del ganadero don Anastasio Fernández.—Arriba: Juanito Martín, su tío, Fernando Pérez Tabernero, Jumillano, Manolito, La Serena, Millán Astray y Pepe Martín, que tomaron parte en la tiente



Manolito, don Anastasio Fernández y Fernando Pérez Tabernero, descansan, dejándose acariciar por el sol primaveral



Un adorno de Manolito durante su intervención en la faena de tiente

Sentado junto a la tapia de la placita, sigue con interés las intervenciones de los demás



El ganadero don Anastasio Fernández en la puerta de su finca Campo Cerrado, donde se celebró la tiente de reses. (Fots. Marf.)





Vicente Pastor en su vida profesional colocando un par de banderillas

HISTORIA TAURINA DE VICENTE PASTOR

Embajadores, 9, ¡Hay ascensor! -- Un desafío a muerte con Machaquito. -- Volviendo por sus fueros.

CAPÍTULO XVIII

ANTES de que Vicente Pastor reanudara sus actividades taurómacas en el año 1910, se terminó la construcción en la calle de Embajadores, por el lugar en que se inició el ensanche de tan popular vía, una casa señalada con el número 9, y a ella se trasladó el famoso diestro, en unión de su familia, con la satisfacción de haber retirado del trabajo a su padre, don Miguel.

Esta nueva morada del diestro madrileño se hizo famosa porque dió motivo al ingenioso escritor «Don Modesto» para resumir una de sus crónicas con el triunfo del torero con las siguientes e intencionadas palabras: «Embajadores, 9, ¡Hay ascensor!»

Al empezar la temporada aun subsistía la ruptura de Mosquera con Bombita y Machaquito y, por consiguiente, Vicente ocupaba, no obstante, el tercer lugar entre los cincuenta y dos matadores de toros entonces en activo.

Tenía consolidado su nombre a fuerza de dar estocadas y era para don Indalecio el eje de sus combinaciones taurinas.

«Ya no es uno ni dos toros, decía el reputado e imparcial crítico «Dulzuraz». Son ya cuatro temporadas, y al que hace eso hay que saludarle sombrero en mano y concederle un puesto en la mesa de honor, en la que sólo se sientan los elegidos, los que por méritos propios han ganado el cubierto.»

A pesar de que Machaquito se hallaba alejado del ruedo madrileño, continuaba la pugna entre «pastoristas» y «machaquistas».

Pero Rafael y Vicente eran buenos amigos y compañeros, sin que esto trascendiese a sus numerosos partidarios.

Una tarde, ambos toreros se encontraron en la calle de Alcalá, y después de un afectuoso saludo acordaron dar un paseo.

En una de aquellas clásicas «manuelas», que pasaron a la historia, marcharon al Retiro y estuvieron dando vueltas y más vueltas hasta que las sombras de la noche hicieron su aparición.

Dos aficionados que vieron a los célebres diestros subir en el vehículo creyeron que lo hacían en plan de desafío y suponiendo que algo grave acontecería, tomaron otro coche ordenando al cochero siguiera al de los toreros con la pretensión de ver cómo se quitaban de enmedio a tiros.

Diéronse cuenta el cordobés y el madrileño del hecho, y aun se están riendo de aquellos cándidos a quienes hicieron dar mil vueltas, causándolos una enorme decepción cuando, al regresar al centro de la capital, vieron cómo afectuosamente se estrecharon las manos.

Aquel año se inauguró la temporada en Madrid el 27 de marzo, y en esta fiesta Vicente mató ganado de Tabernero con José Claro, Pepete y José Carmona, Gordito, hijo del famoso torero sevillano de igual apodo, a quien confirmó la alternativa que Bienvenida le había otorgado en Salamanca con un Veragua, el 13 de septiembre de 1908.

El espada madrileño no estuvo bien en ninguno de sus dos toros, recibiendo un aviso en su segundo, pero en la primera corrida del abono, al siguiente día, celebrada con reses de Concha y Sierra, se sacó la espina. Fué ovacionado en su primero, y con el cuarto, Capachero, hizo con la muleta una gran faena que remató con un pinchazo superior y un gran volapié —calificado por un crítico de «frascuelino»—, resultando cogido y aparatosamente volteado. El público le ovacionó largamente, dando la vuelta al ruedo.

Continuó toreando en la madrileña Plaza el 4, 10 y 24 de abril. En la primera de estas tres fechas con El Gallo, «mano a mano», cornudos también de Concha y Sierra; en la segunda, toros de Aleas, con Algabeño y el expresado Rafael Gómez, y en la tercera, Miras, otra vez con El Gallo, Bienvenida y Manolete.

Esta corrida la organizó Mosquera para contrarrestar la de la Prensa, verificada el mismo día en el circo carabanchelero de Vista-Alegre con Bombita y Machaquito, de uñas éstos aún con aquel empresario.

No estuvo Vicente en estas tres corridas a la altura de la fama que ya tenía, pues ovacionado en sus dos primeros toros en el «vis a vis» con El Gallo, en su tercero el público se metió con él.

Regular y mal en la de los Aleas, en la mirada sólo se hizo aplaudir con el que abrió Plaza.

En Bilbao, con Cocherito, el 5 de mayo, toró cornúpetos de Arribas, y el 15, él, Pepete y Chiquito de Begoña, ganado de Sarga.

En estas dos corridas estuvo bien, escuchando continuadas ovaciones.

Por sexta vez aquel año tornó Pastor a Madrid, el 26, alternando en la lidia de Aleas con Bienvenida y Gordito.

Volvió Vicente por sus fueros, y en este espectáculo se portó muy bien, sobre todo con la cuarta res, matada de un magnífico volapié.

Superior estuvo en Barcelona, tres días más tarde, con toros de Hernández, en unión de Camisero y Manolete, y con astados de Pablo Romero se las entendió en Nîmes, el 5 de junio, con su paisano Regaterín, escuchando grandes aplausos en los tres que estoqueó.

Y otra vez a Madrid, donde este año 1910 toró doce corridas!

El 12 del susodicho junio, él, Regaterín y Gaona despacharon reses de Tabernero, siendo aplaudido.

Hizo al fin Machaquito las paces con Mosquera, y el diestro cordobés reapareció en la entonces Corte el domingo 19, en unión de Vicente y Manolete, toros de don Vicente Martínez.



El torero madrileño tratando de fijar al toro a la salida de éste del capote del peón

La famosa corrida del toro Carbonero. -- La calle que ya tenía con su nombre. -- Entusiasmo público.

Con tal motivo se excitaron las pasiones entre los partidarios de Pastor y Rafael y la expectación por presenciar el trabajo de los famosos espadas era enorme.

Regular estuvo Vicente en su primer toro, pero con su segundo armó un verdadero escándalo, tanto toreando como matando, entusiasmado locamente al público.

Volvieron a torear el de Córdoba y el de Madrid el 24 reses de Murube, acompañándolos El Gallo. Pastor continuó dando gusto a sus partidarios, siendo ovacionadísimo en sus toros y haciendo babear de gusto a los «pastoristas», con la natural satisfacción de Mosquera, que veía cómo se le agotaban las localidades.

La Asociación de Toreros celebró su beneficio el 26 del citado junio, y en él tomaron parte Vicente, Rafael el Gallo, Regaterín y Manolete. Con un toro de Pérez de la Concha estuvo pesado, y con otro de Gama, bien.

Muy aplaudido matando dos reses de Bañuelos fué en Alicante, el día 29, acompañándole El Gallo y Mazzantinito. Con Machaquito y Regaterín se dió otra vuelta por Madrid en la tarde del 3 de julio, estoqueando los tres colodados reses de Trespalacios. Vicente continuó triunfando, siendo objeto de grandes ovaciones.

Toros de Concha y Sierra y de Pérez de la Concha mató, respectivamente, en Orán, inaugurando esta Plaza con Mazzantinito el 14 y el 17, quedando en ambas bien.

Va a Santander el 7 de agosto con Relampaguito y Manolete, y por resultar herido éste tuvo que matar, muy bien, tres Saltillos.

Y otros cuatro astados de Cúllar despachó en Alcalá de Henares el 25, por ser lesionado Regaterín, estando aceptable en general.

Dax y Bayona son escenarios de sus excelentes faenas el 30 del agosto mes y el 4 de septiembre, lidiando en la primera corrida cornudos de Villagodio, con Minuto, y en la segunda, de Guadaletas, con Cocherito.

Después de torear el 8 en Murcia, el 11 en Haro, el 19 y 20 en Valladolid, el 24 en Barcelona y al siguiente día en Nîmes reses, respectivamente, de Valle, José María Romero, Concha y Sierra, Benjumea, Veragua y Moreno Santa María, acompañándole en aquellas corridas los diestros Machaquito, Manolete, Malla, El Gallo, Regaterín y Cocherito, vino otra vez al caso madrileño, alcanzando uno de sus mayores éxitos.

Para esta corrida, que tanta trascendencia ha tenido en el toreo, Mosquera, de acuerdo con su segundo de a bordo, Manolo Retana, anunció a Pastor, Regaterín y Manolete con toros del marqués de Guadaletas.

Tuve el gusto de visitar aquel día al diestro en su domicilio, quien, según su costumbre, había estado durante la mañana afilando los estoque, y apenas me divisó Manolo Caballero —chispeante madrileño que desde la muerte de Domingo del Campo, Dominguín, servía como mozo a Vicente— me hizo señas, con gestos de contrariedad, para que no se diese cuenta el «mataors».

—¿Qué pasa?—le pregunté.

—¡Ná! Que han «desechao» un Guadalet y nos han «largao» un sustituto de Concha y Sierra que le ha «recido» la barba, como sobrero, en los corrales.

—¿Y el matador?

—¡Está en la higuera! ¡Maldita sea la...!

Cuando horas más tarde, Vicente había triunfado toreando y matando al primer toro de la inolvidable fiesta, siendo ovacionado, con vuelta al ruedo, los que estábamos en el secreto del regalito cornudo que tenían enchiquerado en cuarto lugar, no nos cabía el corazón en un puño.

Y, en efecto, salió en dicho lugar Carbonero, cárdeno, oscuro, con las herramientas muy afiladas y desde el primer momento acusó su mansedumbre, siendo fogueado. Aranguito y Pepín de Valencia pasaron las negras con Carbonero, y banderillar al manso, que emplazado se había puesto peligrosísimo, dando unas arrancadas pavorosas.

El pánico se extendió como reguero de pólvora por el ruedo y todos los graderíos.

En el momento de dirigirse Vicente al toraco acababa, con el ansia de coger a un peón, de derrotar en la barrera del 4, haciendo añicos dos tableros.

Tal era el silencio y la expectación, que podía percibirse el aleteo de una mosca.

Pastor, sin inmutarse, tanteó al marrajo con un pase por bajo con la mano derecha, y Carbonero, al darse cuenta de que le pisaban el terreno, embistió furiosamente.

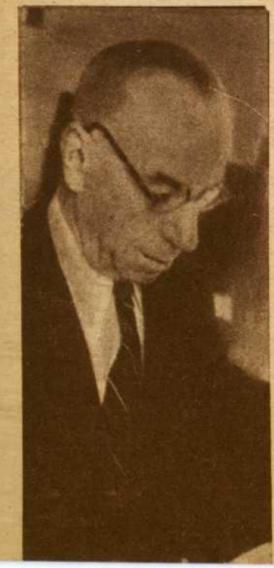
Y la faena continuó cerca, empapando, aguantando y castigando al bicho, formando un solo y bello grupo toro y torero, ante el asombro de los espectadores.

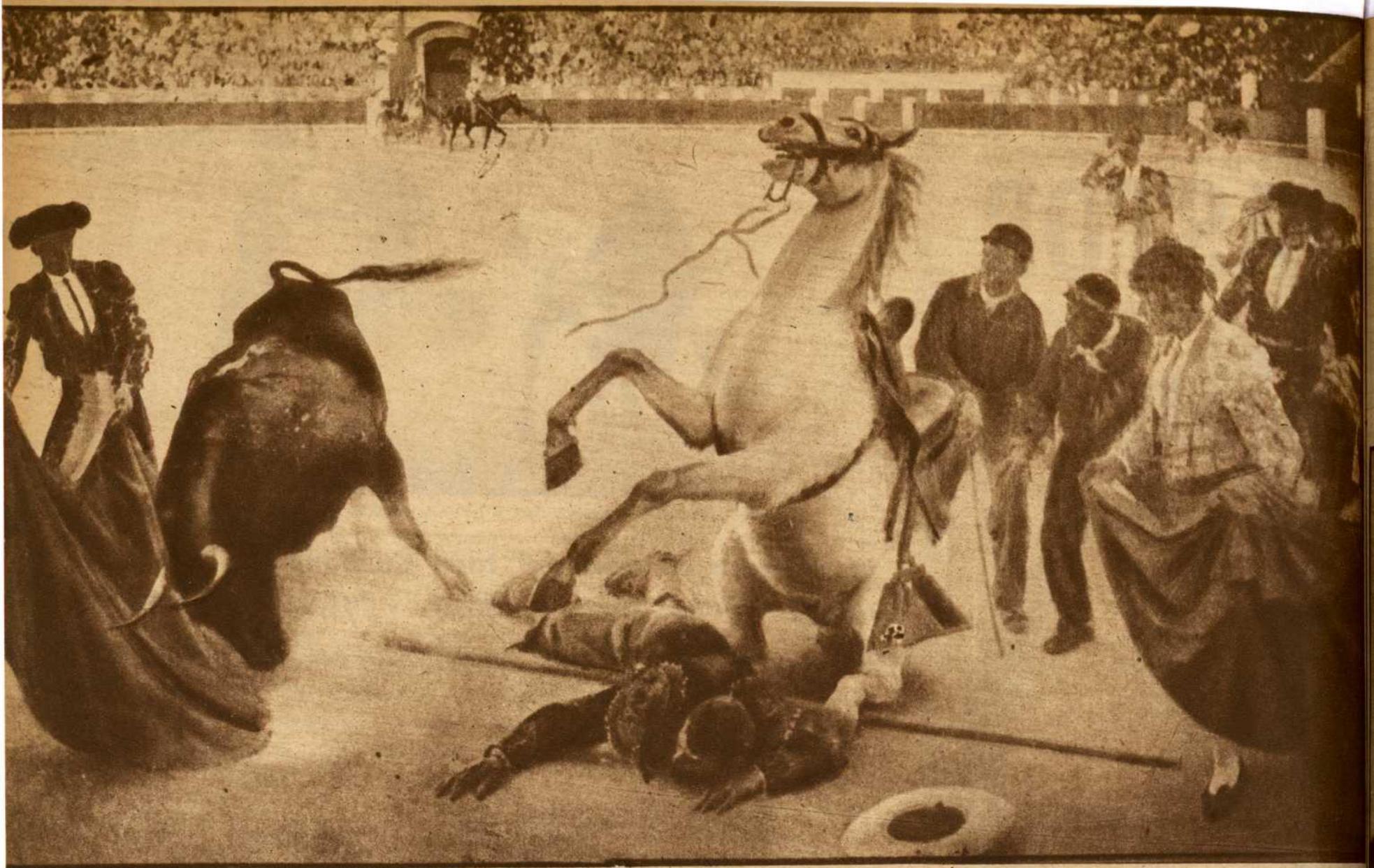
Cuadrado Carbonero, entró a matar muy derecho, sin salto, y doblando la cintura sobre el pitón izquierdo, colocando una gran estocada en lo más alto del «mo-rillo» y saliendo limpio de la suerte.

En las agonías de la muerte dobló el cornudo sus manos ante las plantas del gladiador triunfante, y aquel público, ebrio de entusiasmo, pidió unánimemente la oreja, que sin ningún titubeo le fué concedida por el presidente, don Lázaro Martín Pindado.

Prolongáronse las ovaciones durante la lidia de los dos últimos toros, y al final de la jornada histórica, Vicente Pastor fué sacado de la Plaza en hombros de los entusiasmados aficionados, siendo así llevado por la calle de Alcalá hasta el momento en que el empresario Mosquera le recogió en su coche, llevándole hasta la de Embajadores, donde el ascensor de su casa se hallaba parado en el último piso del edificio, porque no podía subir ya más. Cientos de personas se congregaron frente a su morada pidiendo que saliera al balcón, cosa que tuvo que hacer el famoso torero.

Ni que decir tiene que todas las conversaciones giraron por entonces en torno del triunfo del ex Chico de la Blusa, y en coplas y romances fué cantado, haciendo el furor de las «menegildas». Unos ensuasiastas «pastoristas» pidieron al Ayuntamiento que a la avenida de la Plaza de Toros se le diese el nombre del torero, y menos mal que «Don Modesto» les salió al paso diciendo que no era necesario, porque en sus madriles ya tenía una calle: la del Divino Pastor.—DON JUSTO





EL ARTE Y LOS TOROS

Enrique Simonet y su cuadro "El quite"

Por MARIANO S. DE PALACIOS

ES curioso observar cómo en la producción de la mayor parte de los pintores españoles, principalmente a partir de finales del siglo XVIII, no está ausente el tema taurino. La transformación que había de operarse en el espíritu de los pueblos ante la revolución romántica, que tanto influyó en el arte pictórico, amartillando el asunto religioso que habían cultivado magníficamente los más grandes pintores españoles de todos los tiempos, especialmente en nuestra brillante época, comprendida desde la mitad del siglo XVI y el XVII, creó una nueva trayectoria en la pintura, más pagana y libre de tutelajes académicos, desprovista de todo influjo que no fuera lo que ha dado en llamarse la tónica de la época, hubo de someterse al tema histórico, al retrato y a la copia de la naturaleza misma, como consecuencia de la tesis rousseauniana y de los enciclopedistas, que había, con el tiempo, de socavar hasta los cimientos más firmes y sólidos de la vida toda de las naciones de Europa.

Mas ha aquí que, casi en las postrimerías del siglo XIX, en el año 1863, nace en Valencia el que más tarde había de ser el insigne pintor Enrique Simonet Lombardo. Es valenciano, como se ha dicho, y todo en él predispone al arte. Simonet ha venido al mundo para pintar, y desde niño garabatea en las cuartillas por un impulso irrefrenable de su temperamento creativo. Toda su afección está llena de ilusiones pictóricas, toda su juventud es un aprendizaje continuo, y ya en Málaga, su segunda ciudad natal —en una vía la luz y en otra el color— estudia la técnica, las gamas y sus efectos, que le descubre su maestro, el gran pintor Bernardo Ferrándiz.

Finaliza el siglo, cuando Enrique Simonet Lombardo logra su máxima aspiración del momento, que es la de todos los pintores; su viaje a Roma, que tanto había de influir en su arte y en su espíritu, en la temática de sus obras y en la orientación de su técnica y estilo.

Se ha dicho antes que las corrientes de una nueva escuela han paganzado el arte; mas Enrique Simonet no se siente prendado por la enfermedad romántica del siglo en que ha nacido, y aunque no pueda sustraerse a la influencia del ambiente, pues no en balde la obra artística responde o está sujeta al estilo y características de la época en que se produce, el pintor que nos ocupa, artista con por cien, como se dice ahora, más se siente dominado por los grandes maestros de siglos anteriores, a los que devotamente se siente unido, que por las modernas enseñanzas o escuelas que pretenden imponerse en su fase creativa.

Y así, su primer envío desde la Ciudad Eterna es el lienzo «La decapitación de San Pablo», de grandes dimensiones, que hoy se conserva en Málaga, y más tarde su célebre cuadro «Flevit super illam», para el que hubo de viajar por Tierra Santa copiando paisajes de Galilea y Jerusalén,

de tipos y rincones, que habían de servir de ambiente espiritual para su obra, con lo que más tarde había de obtener, en la Exposición de 1892, Primera medalla, y célebres distinciones en Barcelona, Foris y Chicago. Corre el año 1892, como se ha dicho, y sucesivos. Enrique Simonet Lombardo ha conseguido ya un prestigio sólido. Es entonces cuando sus pinceles sienten el afán de dar forma a una obra pictórica de asunto taurino. Media el año 1897, cuando Simonet comienza «El quite», una de las obras más características de su pintura.

Hemos, al fin, después de un obligado exordio, frente al cuadro que motiva este artículo.

Pocas veces pudo el arte, con más acierto, dar una sensación más grande de emoción y vitalidad, de realismo y de riqueza de colorido. Porque Simonet, en este cuadro, no olvidó ninguna de las buenas cualidades que recogió de su maestro y de sus devociones. Hay en el lienzo no solamente una gran maestría compositiva, sino una técnica inimitable en los trazos y en el uso del color, en los efectos y en el juego deslumbrante de la luz, como acontece en ese fondo en que dos personas presencian la caída aparatosa del picador, aguardando, medio agachados por el sol, el momento de su intervención, si es precisa.

Se puede decir que la máxima bondad del lienzo, la ejecución de las figuras, está en ese grupo central que lo forman el picador, en el suelo, temeroso y expectante, y el caballo que, ante el empuje de la res, ya desviada, rotas las bridas y a punto de caer, brucea en el aire, al perder la estabilidad y el dominio.

Toda y cada una de las figuras, como puede observarse en el detalle, son dignas de un análisis o estudio aislado. En todas ellas se detuvo el pintor como recreándose en su labor, al sermonear, sin adentrarse en el amansamiento, en ese detalle que sabiamente limitó su conocimiento íntimo del arte. Y así en cada una de las figuras palpita una emoción y una vitalidad extraordinaria, como en los tipos, gestos y expresiones, que hacen del cuadro en general una magnífica estampa, que recoge con verosimilitud extraordinaria y con innegable arte una fase de la vida taurina en el ruedo, tan familiar para los aficionados expectantes.

Si no hubiera en la producción de Enrique Simonet Lombardo más obra que ésta, ella por sí sola le hubiera dado la maestría y la celebridad. Mas no olvidemos que no pocas lienzos vinieron antes y después a prestigiar el arte ingénuo que albergaba aquel también insigne dibujante, que recreó nuestra vista de muchachos con sus dibujos, tan llenos de sugestivo encanto y maestría en la ya tristemente desaparecida Ilustración Española y Americana.

Fragmento del célebre cuadro, de Enrique Simonet, "El quite"



AFICIONADOS DE CATEGORIA Y CON SOLERA

Lo primero que estrenó en Madrid el maestro GUERRERO fué un pasodoble taurino

¡Aquellos toreros que sabían colocarse a la hora de matar!



A QUI está el maestro Guerrero, con toda su abierta cordialidad. El maestro Guerrero tiene esta tarde mucho que hacer: asuntos del cine, asuntos del teatro, asuntos de la música, estudios de contratos, gestiones para conseguir tales y cuáles cosas... Es un hombre atareadísimo el maestro Guerrero. No puede distraer su tiempo, como no sea para hablar de toros. Le hemos atacado, pues, por el punto vulnerable de su acreditada afición taurina. Y ya está hablando con esa prisa y esa jugosidad que sabe poner en las frases. Apenas hay que preguntarle. El va enlazando una pregunta con

el teatro, en un palco... Torear, también he torado a go. En Calahorra, en un festival en que actuaban Marcial y El Estudiante, yo fui de mozo de estoque; pero salté a la barrera y me puse a torear. Otra vez, en Pamplona, sugestionado por el espectáculo del encierro, salté los palos para correr delante de los toros; pero... no aguanté. Los volví a saltar en la dirección de la seguridad y renuncié a las hazañas para ser pacífico espectador. Es que los toros dan mucho respeto. Mire usted; yo, en Barcelona, veo siempre la corrida entre barreras, y es donde más grandes me parecen los toros. En Madrid no tengo localidad fija. Como viajo tanto, no me conviene abonarme. En Madrid he asistido a bastantes efemérides. En cambio, tuve la suerte de no presenciar la cogida de muerte de Granero. Aquel día lo pasé en el campo, por un compromiso ineludible.

—¿Y su música, maestro? Es decir, la influencia de los toros en su música.

—Mucha. Como que, entre otras cosas, tengo una obra, de las primeras mías, titulada "Cornópolis". El libro era de Perrin. Se estrenó en Pavón con ocho años de retraso y... no gustó. Sólo entusiasmó un número, el de "Las rejoneadoras", en el cual las chicas del conjunto bajaban al patio de butacas y jugaban a rejonear a los espectadores. Curioso, ¿no? A los Bienvenidas, antes de irse a América, también les hice un pasodoble. Y otros muchos. Hace poco, en Barcelona, con motivo de la doscientas representación de "¡Cinco minutos nada menos!", estrenamos "La batuta mágica". En esta obra, la letra es mía, y la música, de Muñoz Román. Hay un número, "La manoleína", que mi colaborador dirigió con una banderilla. "La batuta mágica" la estrenamos en Madrid cuando demos las setecientas de la obra que tenemos en el cartel. Y en Martín estrené una cosa, "Sausiano, patrono", cuyo libro era de Pagés. Pagés había invitado a toda la torería. La obra iba bien; pero había un espectador que no hacía más que susurrar. Hasta que un picador se levantó de su butaca y le gritó: "¿Pero usted se ha creído que ha venido aquí para ver a Zorrilla?" Con Pagés asistí yo al nacimiento de la primera cuadrilla cómica, la formada por Charlot, Llapisera y su Botones. Conozco a todos los de la profesión, y cuando viajo busco su compañía, porque con ellos no hay medio de aburrirse, sobre todo con Gallito, que tiene un repertorio de cuentos inagotable. Uno de mis mayores éxitos fué un pasodoble de "Las insaciables", en el que Miguel Ligero y Blanquita Pozas hacían, respectivamente, de Rafael el Gallo y Pastora Imperio. También hice la música para la película "Currito de la Cruz".

—Bien, maestro; ahora vamos un poco a sus opiniones personales.

—En mi primera época de aficionado, me impresionaban los toreros valientes: Gitarillo de Riela, Fortuna, Carpio, Freg... Toreros que sabían volcarse a la hora de matar, que es lo que tiene importancia. Luego, el toreo se ha estilizado, como el canto, que antes era "jondo" y ahora es flamenco con saxofón. Con los flojos toros de hoy, pasa lo mismo. Por eso se toman alternativas antes de los veinte años, que tal vez no podrían darse si el ganado fuera de respeto. Yo entiendo que la fiesta es de hombres y que hoy se hace de pronto un capitán general sin ser soldado. No. Hay que hacer la carrera, de abajo arriba. Esto debería ser lo lógico. Así, hoy, un



nuchacho tiene una tarde apoteósica con un toro de caza, y en cuando no se saca el bicho a su gusto y tiene que lidiar, falla, ¿a quien vamos a meter la culpa?

—Yo, no.

—El público. El público, que eleva a un torero en una tarde de fortuna.

—Maestro, vamos a meternos un poco con los precios y con la empresa. Eso siempre gusta.

—Lo malo es que a mí me parece bien pagar lo que sea por una localidad si, efectivamente, se trata de TOROS y de TOREROS. Lo que pasa es que luego nos salen unos chotos... Pero el espectador, ¿tiene derecho a protestar? Hay un apartado, me refiero a Madrid, donde el espectador puede ver por la mañana lo que le van a servir por la tarde. En el Norte y en Valencia enseñan los toros antes de las corridas. De modo que el público, a la vista del género, puede optar entre ir o quedarse en casa.

—Entonces, ¿no nos vamos a meter con nadie?

—Sí. Nos vamos a meter con esa música lamentable que tocan por esas Plazas; con esas piezas casi funebres, que no son pasodobles, y que se ejecutan por repartirse derechos de autor entre directores y amigos. ¿Por qué no se tocan pasodobles clásicos? Quizá fuera conveniente que la Empresa de Madrid abriera un concurso de pasodobles, que sirvieran luego para todas las Plazas de España. No sé. Lo que no puede ser es lo de ahora... Además, la música no se debe pedir cuando el toro se está lidiando. Puede ser contraproducente. Yo he visto toros que se distraían en cuanto empezaba la banda. Se trataba de toros fiarmónicos, sin duda...

—¿Cuál es su torero?

—Ninguno. Yo soy aficionado a toros. El toro es la obra, y el torero quien la representa. La obra, el toro, gana o pierde, según el torero; pero lo esencial es el toro. Yo voy a ver a los toros. Lo que no quiere decir que no admire la interpretación de los toreros. Por ejemplo, me gusta el arte de Pepe Luis, pero me vuelve loco a la hora de matar... Marcial me gustaba mucho; pero tenía un defecto: hacía las cosas con tal aparente facilidad, que el público no le concedía importancia. De Arraza me agrada el que aligre a la fiesta, que sea algo así como el animador del cotarro...

Va a decir más, pero un timbre suena. ¡Conferencia con Barcelona! El maestro se va y nosotros también.

Nos machamos, y en nuestros oídos siguen, como un eco sonoro, repitiendo el "ritornello" de las palabras del maestro, donde se entremezclan las melodías musicales y el nombre no menos sonoro de los toreros.

RAFAEL MARTINEZ GANDIA

otra, sin que apenas hagan falta los eslabones de los interrogantes.

—Los primeros toreros que yo ví fueron Machaquito, Vicente Pastor y el pobre Punteret, muerto recientemente. Era en Toledo, un día del Corpus, y yo, con mis doce o trece años, ya presumía de hombrecito. Los toros eran de Veragua, y aun guardo la impresión que me causaron, pues eran más altos que la barrera.

—¡Ahí va!

—Sin exageración. Aquellos toros daban miedo desde el tendido. ¡Con que figúrese la admiración que habían de producirme los toreros que se atrevían a ponerse enfrente de ellos! Mi madre me había regalado un pañuelo de seda, el mismo que perdí cuando lo agitaba pidiendo la oreja. No sé si sería de la emoción o de qué, pero no me di cuenta de la pérdida hasta que al regreso mi madre me preguntó por el pañuelo... Yo he visto torear a Belmonte su última novillada. También ví al hermano de Lalanda, Martín, alternando con Gallito y Belmonte. Entonces ya tenía yo diecisiete años y estaba en Apolo tocando el violín. Como la corrida era en Toledo, tuve que pedir permiso. A Martín le cogió el toro, y la corrida se convirtió en un mano a mano. Como tenía que coger el tren, me salí de la Plaza sin ver los dos últimos toros. Otros muchos aficionados hicieron lo mismo. Estábamos en la estación, pasaba el tiempo y el tren no salía. Ninguno se explicaba aquel retraso. Hasta que vimos venir una manifestación que llevaba en hombros a Belmonte y a Joselito, que habían estado imponentes en los dos toros últimos. Yo creo que en aquella manifestación iba al frente el maquinista del tren. En fin..., ¿usted sabe que lo primero que estrené en Madrid fué un pasodoble taurino?

—La verdad, no.

—Pues, sí. Era un pasodoble dedicado a Dominuguín, padre, que es paisano mío. Todos los críticos se ocuparon de esta pieza, que tocaron un día en que Dominuguín toreaba en Madrid. Estuvo muy bien, y yo fui el primero que saltó al ruedo para sacarle a los hombros. Un torero bueno entre los buenos fué Félix Rodríguez. La faena más grande de su vida se la ví yo en San Sebastián, por la Virgen de agosto. En el segundo le cogió. Llevaba una cornada de respeto. Bueno; pues por la noche estaba tan campante en

Charla final de fin de temporada

“Para los toreros, cada toro tiene una fisonomía distinta y sin mirar su hierro podemos conocer su procedencia”



Domingo Dominguín en un momento de su charla para EL RUEDO



El reportaje que tienes ante ti, lector indulgente, pone punto final a la serie de los que con mi mejor voluntad —a falta de más sabrosos ingredientes— he venido pergeñando. Hora es ya de dar de mano a la vana nostalgia de un año taurino que pasó, y no precisamente a la posteridad.

Frente a nosotros, otra nueva temporada nos está esperando. Vayamos gozosos a su encuentro, tras de pedir a Dios nos conceda el don del olvido para cuanto de ruín y deleznable seamos testigos, así como nos otorgue el opuesto, el don de recordar: las tardes jubilosas que acaso nos depare el trinomio de toreros, ganaderos y empresarios.

La habitación que sirve de dormitorio a Domingo y Pepe Dominguín más parece biblioteca que lugar de descanso. Libros y papeles rebosan por todas partes. Sobre los armarios, en las sillas y, a falta de muebles, sobre el santo suelo, novelas, anales taurinos, libros de versos, de ensayos y hasta profundos tratados filosóficos demuestran bien a las claras cuáles son las evasiones espirituales de estos muchachos.

Al penetrar en el aposento, Domingo, a medio vestir, se halla contemplando unos apuntes a lápiz que representan varias cabezas de toros.

Al verme, me dice al tiempo que muestra los motivos que le tienen absorto:

—¿Qué te parecen estas fisonomías?

Un poco extrañado por la pregunta, y después de haber contemplado a mi sabor los dibujos, acabo por declarar paladinamente que no encuentro en aquellas caras diferencias apreciables.

—¿Cómo se ve que no eres torero! Tu afirmación no se atrevería a repetirla ninguno de los de mi oficio. Para nosotros, cada toro tiene una fisonomía distinta, más acentuada en cada raza.

—¿Acaso te atreverías a decir que eres capaz de diferenciar los toros sin necesidad de conocer su hierro?

—No sólo yo, sino la mayoría de los toreros podemos hacerlo sin incurrir en error. Mira este toro: es herencia pura de Santa Coloma. Observa su poderío, su confianza en sí mismo. Su mirada es la del toro que nació para vender cara su vida y morir presentando batalla.

En contraposición, fijémonos ahora en este dibujo. He aquí un toro de sangre en bastardía, cuya nota predominante es la docilidad.

—Vamos, de uno de esos que habéis dado en llamar «cómodos».

—Exacto. Con los toros de esta procedencia (que el reportero pasa por alto para evitarse quebraderos de cabeza) el juego resulta intrascendente. Son toros que parecen tener la tristeza consciente de su inferior categoría.

—In cuanto al toro de este tercer dibujo, ¿en qué hierro lo encasillas?

—Este es un «miura». Condería fundada para contrastar valores y segurilusiones. Como sus hermanos, este astado tiene cara de listo, de sanguinario. Sus vivos ojillos nos recuerdan un poco la tétrica mirada de un verdugo que, por desgracia, es a veces el Destino mismo.

—Supongo te referirás al «miura» clásico...

—Naturalmente, te hablo de ese «miura» hoy rogado a figura de romance. Por fortuna, estos toros suelen salir ahora con una nobleza y una bravura si no docilona, lo suficiente para ser equiparada a las de toros de otras ganaderías de fama menos terrorífica.

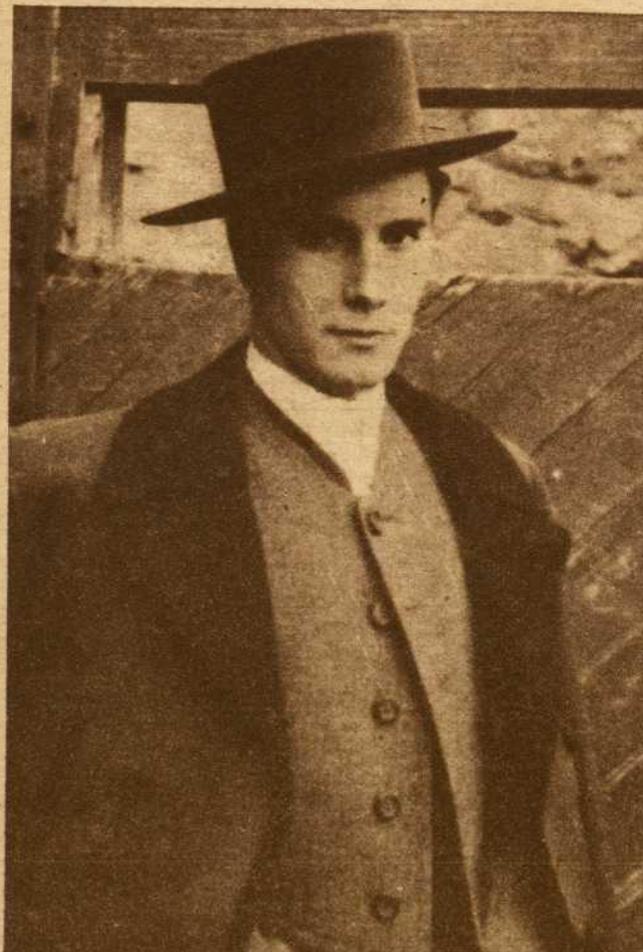
—Veamos por último al cuarto ejemplar de la serie.

—Por su inconfundible gesto sereno y confiado, yo diría se trata de un pura sangre «murube». Parece tener orgullo de sí mismo, como si supiera el rango de su divisa. No te rías, pero esta clase de reses tiene aires de banqueros poderosos, a los que sólo les falta para serlo el adorno gracioso de un cuello de astracán.

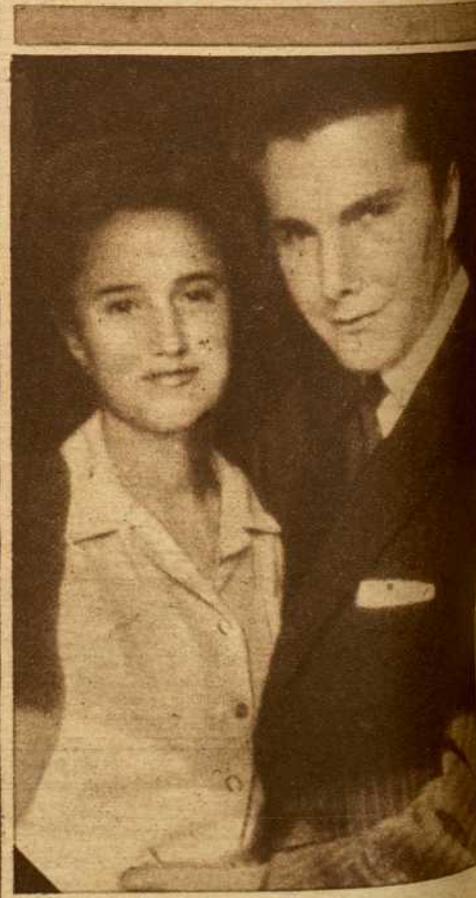
—Basta ya de hablar de toros y ocupémonos de ti. ¿Crees que las dos graves cornadas sufridas en la pasada temporada no habrán rebajado tu moral?

—Lo mismo yo que mis hermanos, desde el primer día que saltamos a los ruedos, supimos por mi padre que algún día nos tenía que coger los toros, y el hecho, por muy desagradable que sea, no constituye ninguna sorpresa para mí.

—¿Cómo dividirías a los toreros?



El mayor de los Dominguín, con el atuendo campero, en la finca donde se entrena



Domingo Dominguín posa para nuestro fotógrafo en compañía de su hermana

DOMINGO DOMINGUÍN HABLA PARA EL RUEDO

"Mi afición por la espada no es una postura elegida al azar".—"El descabello es una suerte desgraciada"

—Haría una división mucho más amplia que la habitual de catalogarnos en toreros valientes o miedosos. Más exacta es esta otra derivada del percañe mismo. La de los que creen que las cornadas son desgracias irreversibles y los que estiman que las cogidas son meros accidentes a los que lógicamente estamos expuestos.

—¿Cuál es, a tu juicio, el mérito mayor del toreo contemporáneo?

—Indiscutiblemente el toreo moderno está bajo el signo del mando, que hay que distinguir del dominio, concepciones completamente opuestas.

—¿Hasta qué punto observas tú esa diferencia?

—Un torero puede dirigir la embestida de su enemigo sin por ello llegar a dominarlo. Puede haber mando sin dominio. Por el contrario, es muy difícil existir dotes de dominio en toreros que carecen de mando. Hoy abundan toros que por su media casta salen ya de los chiqueros dominados, y con un torero «mandón» la faena es fácil. Otros, precisan en cambio de toreros dominadores.

—Supongo continuarás en tu devoción por la suerte suprema.

—Lo que tú llamas mi devoción por la espada no es una postura elegida al azar. Se trata de una inclinación natural experimentada desde el primer momento de mi vida taurina. Voy a enseñarte mis espadas.

Y Domingo se enaraba a una silla para alcanzar un fundón colocado sobre un armario. Abierta la envoltura, el primogénito de los Dominguín fué amorosamente mostrándome por separado sus tres espadas.

—La más utilizada—explicó— es ésta: «la Nen», ligera, graciosa y fina, que ya la empleaba mi padre y con la que entre los dos habrá despachado unos ochocientos toros. Siento hacia ella un poco de sugestión por haber cobrado mis estocadas más perfectas. Esta segunda, «la Tizona», provista de tres canales, mucho más pesada que la anterior y sólo utilizada con los astados difíciles. En cuanto esta otra—la más pesada de todas—, tiene la ventaja de que en las medias estocadas, por el peso de la gravedad, va profundizando por sí misma.

—¿Qué opinas de la suerte de descabellar?

—¿Has dicho suerte? Yo la llamaría desgracia, por ser un recurso antitaurino. Tan sólo recorro a ella en los casos en que el toro está muy aplomado. De unos seiscientos que llevo estoquados, no habré empleado el verdugillo más de cuarenta veces.

—Entre los diversos estilos de matar, ¿quieres decirme cuál conceptúas de mayor mérito?

—Siento idolatría por Costillares, gran tipo de torero recio y valeroso, inventor del sistema de ir él por el toro, verdadera suerte de la ofensiva. Por esto estimo de mayor mérito el volapié que la suerte de recibir, mera defensa de esperar al toro en francas condiciones de superioridad. Claro que una cosa es marcar el volapié en todos sus tiempos y otra muy distinta tirarle al toro la espada, poco menos que con honda, y saliendo «de naja».

—Una postrera pregunta, amigo Domingo, ¿qué excelentes matadores de toros has conocido tú?

—Retirado Villalta, uno de los hombres de más fidelidad con la espada, recuerdo a Fortuna, a Cagancho—que ha matado muchos toros con un depuradísimo estilo— y a Pepe Bienvenida, torero que mata bien en cualquier terreno.

Para esa legión de aficionados a la suerte de matar toros limpia y valerosamente Domingo, Dominguín, constituye el más genuino superviviente de una gloriosa estirpe de viriles estoqueadores.—F. MENDO

—Una postrera pregunta, amigo Domingo, ¿qué excelentes matadores de toros has conocido tú?

—Retirado Villalta, uno de los hombres de más fidelidad con la espada, recuerdo a Fortuna, a Cagancho—que ha matado muchos toros con un depuradísimo estilo— y a Pepe Bienvenida, torero que mata bien en cualquier terreno.

Para esa legión de aficionados a la suerte de matar toros limpia y valerosamente Domingo, Dominguín, constituye el más genuino superviviente de una gloriosa estirpe de viriles estoqueadores.—F. MENDO

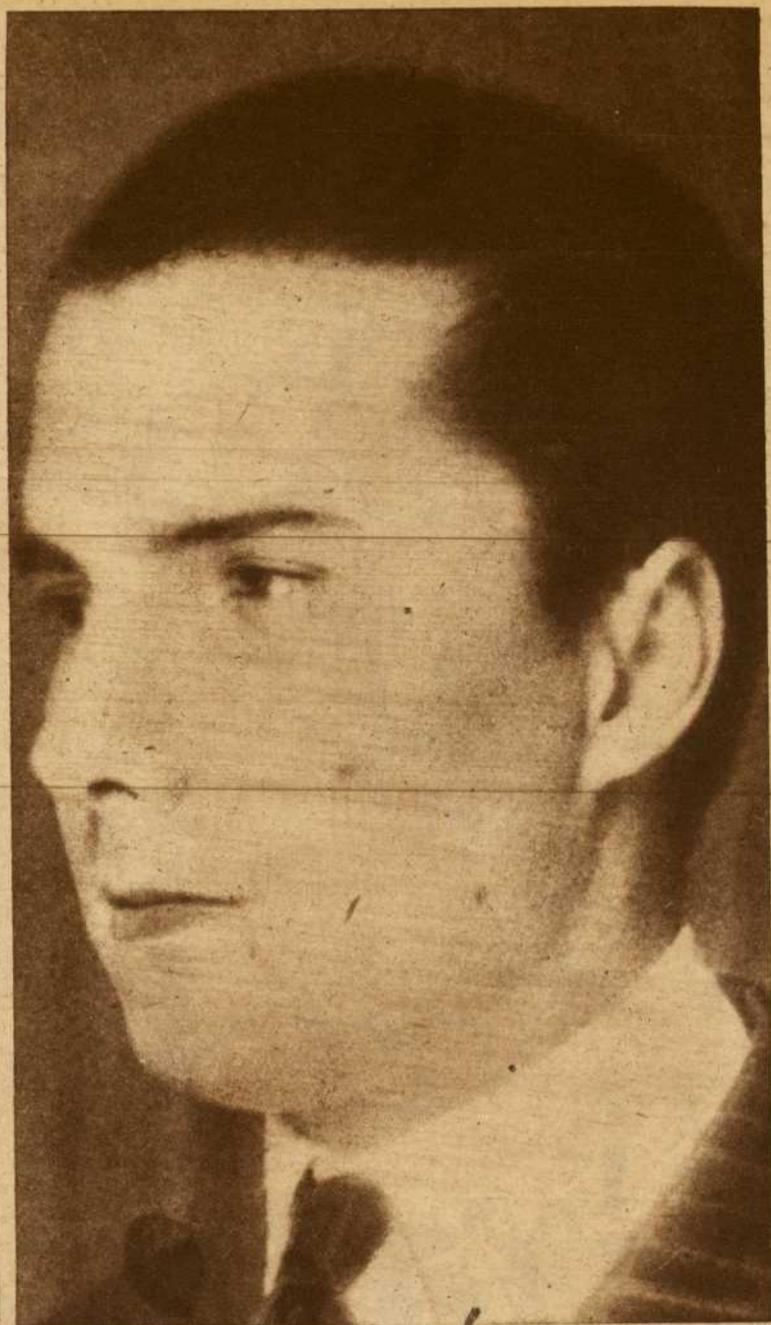
—Una postrera pregunta, amigo Domingo, ¿qué excelentes matadores de toros has conocido tú?

—Retirado Villalta, uno de los hombres de más fidelidad con la espada, recuerdo a Fortuna, a Cagancho—que ha matado muchos toros con un depuradísimo estilo— y a Pepe Bienvenida, torero que mata bien en cualquier terreno.

Para esa legión de aficionados a la suerte de matar toros limpia y valerosamente Domingo, Dominguín, constituye el más genuino superviviente de una gloriosa estirpe de viriles estoqueadores.—F. MENDO

—Una postrera pregunta, amigo Domingo, ¿qué excelentes matadores de toros has conocido tú?

—Retirado Villalta, uno de los hombres de más fidelidad con la espada, recuerdo a Fortuna, a Cagancho—que ha matado muchos toros con un depuradísimo estilo— y a Pepe Bienvenida, torero que mata bien en cualquier terreno.



Un primer plano de Domingo en su conversación para nuestra Revista



Dominguín, con su madre, lee las páginas de EL RUEDO en las que aparece él

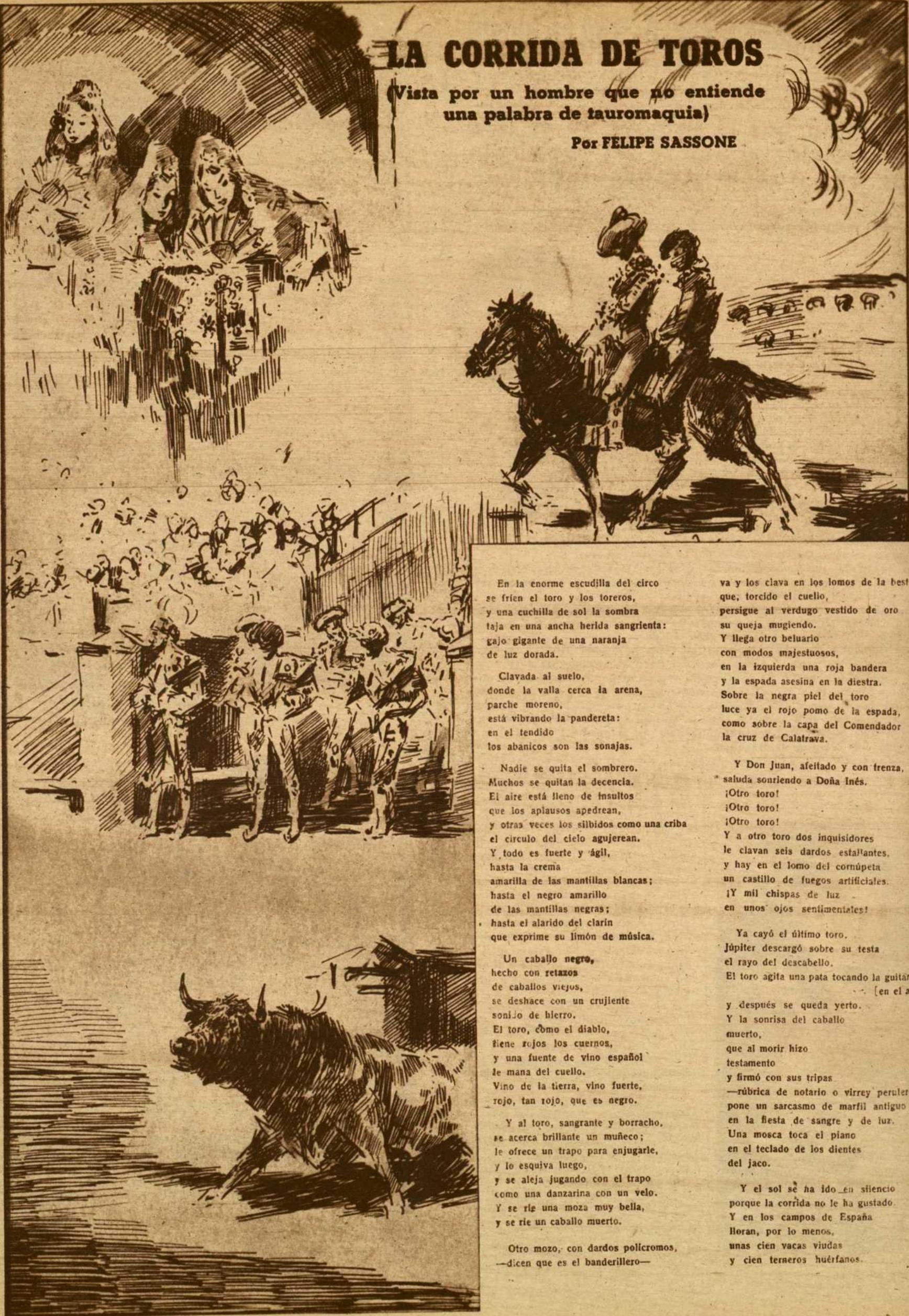


Una foto de la temporada pasada. Domingo prepara personalmente su ropa antes de vestirse para ir a la Plaza

LA CORRIDA DE TOROS

(Vista por un hombre que no entiende una palabra de tauromaquia)

Por FELIPE SASSONE



En la enorme escudilla del circo se frien el toro y los toreros, y una cuchilla de sol la sombra taja en una ancha herida sangrienta: gajo gigante de una naranja de luz dorada.

Clavada al suelo, donde la valla cerca la arena, parche moreno, está vibrando la pandereta: en el tendido los abanicos son las sonajas.

Nadie se quita el sombrero. Muchos se quitan la decencia. El aire está lleno de insultos que los aplausos apedrean, y otras veces los silbidos como una criba el círculo del cielo agujerean. Y todo es fuerte y ágil, hasta la crema amarilla de las mantillas blancas; hasta el negro amarillo de las mantillas negras; hasta el alarido del clarín que exprime su limón de música.

Un caballo negro, hecho con retazos de caballos viejos, se deshace con un crujiente sonido de hierro. El toro, como el diablo, tiene rojos los cuernos, y una fuente de vino español le mana del cuello. Vino de la tierra, vino fuerte, rojo, tan rojo, que es negro.

Y al toro, sangrante y borracho, se acerca brillante un muñeco; le ofrece un trapo para enjugarle, y lo esquivaba luego, y se aleja jugando con el trapo como una danzarina con un velo. Y se ríe una moza muy bella, y se ríe un caballo muerto.

Otro mozo, con dardos policromos, —dicen que es el banderillero—

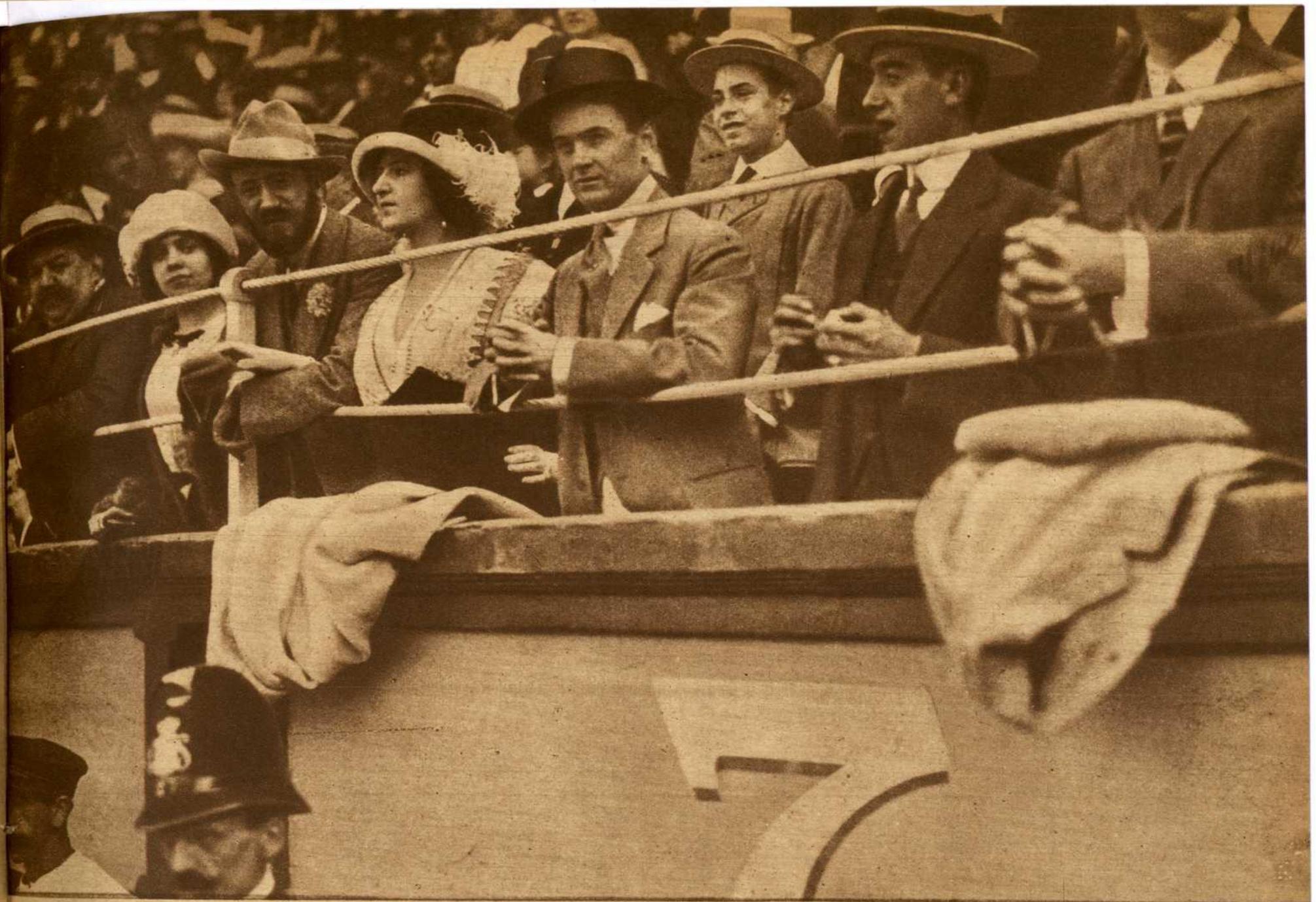
va y los clava en los lomos de la bestia que, torcido el cuello, persigue al verdugo vestido de oro su queja mugiendo. Y llega otro beluario con modos majestuosos, en la izquierda una roja bandera y la espada asesina en la diestra. Sobre la negra piel del toro luce ya el rojo pomo de la espada, como sobre la capa del Comendador la cruz de Calatrava.

Y Don Juan, afeitado y con trenza, saluda sonriendo a Doña Inés. ¡Otro toro! ¡Otro toro! ¡Otro toro! Y a otro toro dos inquisidores le clavan seis dardos estallantes, y hay en el lomo del cornúpeto un castillo de fuegos artificiales. ¡Y mil chispas de luz en unos ojos sentimentales!

Ya cayó el último toro. Júpiter descargó sobre su testa el rayo del descabello. El toro agita una pata tocando la guitarra [en el air-

y después se queda yerto. Y la sonrisa del caballo muerto, que al morir hizo testamento y firmó con sus tripas —rúbrica de notario o virrey perulero— pone un sarcasmo de marfil antiguo en la fiesta de sangre y de luz. Una mosca toca el piano en el teclado de los dientes del jaco.

Y el sol se ha ido en silencio porque la corrida no le ha gustado. Y en los campos de España lloran, por lo menos, unas cien vacas viudas y cien terneros huérfanos.



ESTAMPAS DE OTROS TIEMPOS

Bombita y el maestro Lassalle en la barrera

Y en una barrera del 7, por más señas, que bien a la vista salta, junto al casco de un guardia y bajo el abrigo previsor de un aficionado que trata de poner en evidencia los sombreros de paja que blanquean sobre el gris de la fotografía. Suponemos que han ido juntos, pues en Ricardo Torres se afirma la tendencia del torero hacia el señor. Del artista del pueblo que no ha necesitado aprender en los textos, hacia el artista que ha necesitado encauzar su genio por las páginas de muchos libros. El gustaba de la conversación inteligente y culta para pulir sus antecedentes y unir al empaque de su figura elegante la elegancia del bien decir y del mejor saber. Por eso, al ver en esta barrera al maestro Lassalle junto a Bombita, hemos supuesto que aquella tarde se fueron en amor y compañía a ver la corrida. Y entonces es fácil que Bombita bucease su desquite y tratase de dar lecciones al músico desde su cátedra. Si él en su roce con aquellas personas de superior cultura iba adquiriendo conocimientos, lógico es —no sabemos si entonces era moneda corriente el intercambio— que él tratase de compensar a éstos en las ocasiones propicias. Y mejor que en su sitio, cabe el ruedo, en ningún lugar. Porque allí —¡qué bien se ven los toros desde la barrera!— Bombita podía como nadie atinar con el defecto y descubrir la faceta importante que pasa inadvertida. El mejor que nadie; porque además de inteligente —que lo era—, pisaba todos los días la arena del ruedo y burlaba la feroz acometida de la fiera, y por eso podía descubrir muchas cosas importantes de la fiesta aun al mejor aficionado, hacerle ver las dificultades de

algunas suertes, llegando al juicio milimetrado sobre lo que pasaba por fuera del callejón.

Pero aun no ha dado comienzo el festejo, y el torero aguarda acodado sobre la barrera y da lugar a que el fotógrafo descubra el grupo y tire su placa. Todavía el maestro Lassalle distrae la espera y finge desgana su aire mosqueteril, debajo de su amplio chambergo.

Aun no ha llegado el momento, no ha sonado el clarín que acomoda a los espectadores en sus asientos —que sienta al público—, ni los espadas han dado ese paso definitivo hacia lo indescifrable. Aun no han corrido los alguacillos su galope caracoleante con la llave para escoltar después al cortejo alegre de oro y plata. Faltan breves minutos para que el portón suelte, como empujado por un fuerte resorte, la gallardía rabiosa de un toro cincoño, de rizada testuz, veloz y retador. Ya es casi la hora de que los nervios se tensen en el ahogo de una ceñida verónica y un grito de emoción salte del tendido a la arena.

Y es entonces cuando Ricardo Torres puede abrir su aula pública, en esa barrera del 7, y dar rienda suelta a esa larga teoría de experiencia que, al fin y al cabo, es cualquier torero. Puede dar principio a su clase porque tiene alumnos adelantados que conocen mucho de la materia y saben el valor de esas observaciones dictadas por una larga vida profesional, en la que han puesto sus guiones un crecido número de cornadas y está punteada por una cantidad respetable de orejas.



ciones al músico desde su cátedra. Si él en su roce con aquellas personas de superior cultura iba adquiriendo conocimientos, lógico es —no sabemos si entonces era moneda corriente el intercambio— que él tratase de compensar a éstos en las ocasiones propicias. Y mejor que en su sitio, cabe el ruedo, en ningún lugar. Porque allí —¡qué bien se ven los toros desde la barrera!— Bombita podía como nadie atinar con el defecto y descubrir la faceta importante que pasa inadvertida. El mejor que nadie; porque además de inteligente —que lo era—, pisaba todos los días la arena del ruedo y burlaba la feroz acometida de la fiera, y por eso podía descubrir muchas cosas importantes de la fiesta aun al mejor aficionado, hacerle ver las dificultades de



DESPEDIDA DE LAGARTIJO DEL PUBLICO DE ZARAGOZA

La corrida, que se celebró el 7 de mayo de 1893, no pasó de regular; la entrada fué mala y los revendedores fracasaron



Cartel de la corrida de despedida de Lagartijo del público de Zaragoza, el 7 de mayo de 1893

Se acerca el mes de mayo, uno de los meses más taurinos del calendario español. El mes en que los toros tienen más fuerza y en el que la afición, desentumecida ya por el sol abriero y por el preludio de la temporada, del frío y la abstinencia invernales, vuelve a omar el tono a la fiesta e irrumpe en las plazas inundadas de luz y de perfume primaveral. Es el mes de las fiestas señoras, de las corridas de beneficencia. Todavía no ha llegado a los tendidos el alboroto y la pasión de las corridas de feria.

¡Cuántas efemérides de relieve tiene entre sus hojas este mes de mayo!

De todas ellas vamos a recoger las que tienen relación con la despedida de los ruedos del gran Rafael Molina, Lagartijo.

Era en el año 1893, hace cincuenta y dos años; los mismos que cumplía en noviembre Lagartijo el Grande, en ese 1893 de su despedida, o mejor dicho, de sus despedidas, pues fueron cinco las que celebró: el día 7, en Zaragoza; el 11, en Bilbao; el 21, en Barcelona; el 28, en Valencia, y el 1 de junio, en Madrid.

De la de Zaragoza nos vamos a ocupar concretamente, y para ello nos trasladaremos con la imaginación a la Zaragoza del día 6 de mayo de 1893, víspera del acontecimiento, pues por las vísperas hay que conocer a las fiestas, ateniéndonos al dicho vulgar.

Por los lugares céntricos de la ciudad se notó animación. Los forasteros iban llegando.

Mariano de Cavia, "Sobaquillo", después de larga ausencia de su ciudad natal, estaba otra vez entre sus paisanos, hospedándose en el Hotel de Europa.

"Sobaquillo", lagartijista de primera fila, no podía dejar de asistir al magno suceso.

Llegó, también, con Matías Padilla, que con el seudónimo "E-

Abate Pitarras" escribía en el "Heraldo de Madrid". Este cronista en puntas presencié la corrida desde un palco, y transmitió desde allí los partes a su periódico valiéndose de palomas mensajeras.

De "El Imparcial" acudió con José Laserna, "Aficiones".

Lagartijo ya estaba en esa fecha en Zaragoza, hospedándose en el Hotel Universo.

Los toros que se habían de lidiar, que eran de Espoz y Mina, antes Carriquiri, estaban en la Venta del Olivar, lugar cercano a Zaragoza, en donde habían hecho escala, para ser conducidos por la noche a la ciudad.

Todo el ganado de la tierra que se lidiaba entonces en la Plaza zaragozana era trasladado con la piara de cabestros por caminos y carreteras, y antes de la última etapa del viaje era apocntado en la mencionada Venta.

En la tarde del 6, sábado, Lagartijo fué a la Venta del Olivar a ver los toros, y lo mismo hicieron muchos aficionados que disponían de carruaje o cabalgadura. El camino de la Venta se vió aquella tarde concurridísimo como pocas veces.

Figuraba como empresario de la corrida don Francisco Navarro Lairedo, empleado de don Manuel León, que tenía una Empresa de negocios, y era ésta la que en verdad financiaba la función.

Dicha Empresa tuvo el acuerdo, censurado por el público, de subir en cantidad muy marcada el precio de las localidades (cuatro pesetas costaba la entrada general de tendido), y Lagartijo, que con sus cincuenta y un años no estaba en condiciones de afrontar los enfados del respetable, lanzó a la calle unas octavillas con ánimo de congraciarse con los discontentos.

El texto de las octavillas estaba redactado en la siguiente forma:

"Al público.—Cuando me propusieron que viniera a despedirme de Zaragoza, acertaron con los deseos de mi alma, porque yo no quería otra cosa que decir adiós a esta ciudad que me animó en mis comienzos y me colmó de bendiciones y deferencias.

En el fondo de mi corazón vive Zaragoza, y la Virgen del Pilar la tengo en Córdoba, para que siempre me recuerde vuestro cariño.

Deseando de algún modo corresponderle, los siete toros que hay en los corrales serán lidiados esta tarde, y el importe del último queda como ofrenda en el santo templo, que es mi primera visita cuando llego a Zaragoza.

Público aragonés: Al despedirme de ti no digo adiós, porque yo no os olvido. Allí donde haya un hijo de esta tierra, allí habrá un amigo mío, que la gratitud que os debo es igual, por lo menos, a vuestros merecimientos y grandezas. Rafael Molina, Lagartijo."

A pesar de este halago a la afición, el fruto que se alcanzó fué casi nulo, como más adelante irá viendo el lector.

Sin embargo, aquella noche hubo cola en la taquilla del Novedades, teatro situado en el Paseo de la Independencia, y ya desaparecido hace muchísimos años.

En esa taquilla habían de venderse, a la mañana siguiente, las localidades de la función.

El colista número uno, aprovechando la peregrina construcción de la taquilla, que era de enorme boca y tenía como base un amplio saliente, en el que fácilmente se podía acomodar un hombre comprimiéndose un poco, hizo de la taquilla dormitorio, y en ella descansó hasta la madrugada.

Un testigo presencia de la escena es el que nos la refiere. El aventajado colista no pudo comprender que aquel sacrificio no era necesario, puesto que al día siguiente tendría en la calle, en manos de los revendedores en derrota, localidades a más bajo precio que en la taquilla.

Y amaneció el día 7, el día designado para la despedida de Lagartijo del público zaragozano. El tiempo era espléndido, y en las calles céntricas la concurrencia era mayor que de ordinario. Sin embargo, avanzaba la mañana y los revendedores veían, amoscados, que el papel se les quedaba en la mano, y decidieron iniciar la baja en los precios.

Después de comer, las entradas de cuatro pesetas se vendían a piqueta y seis reales. Los revendedores, que se las prometían tan felices, habían echado el día, como vulgarmente se dice.

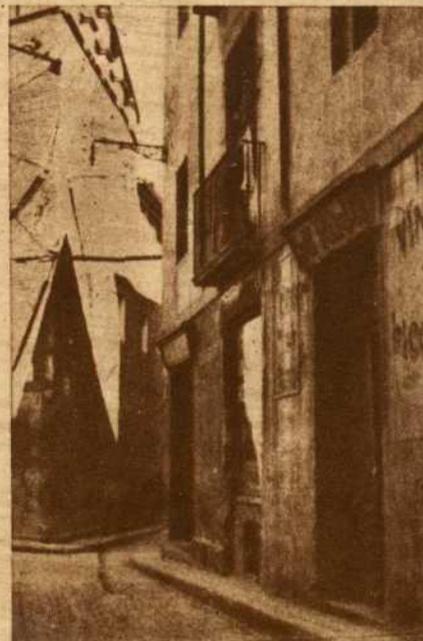
Durante la mañana, Lagartijo hizo la obligada visita al Pilar, y estuvo también en la denominada "Tienda de la Reja".

"La Tienda de la Reja" era frecuentada por los toreros que llegaban a Zaragoza, y era muy celebrada por su cocina y por su bodega.

Y ya forzadamente estamos en el final del reportaje: en el capítulo de la propia corrida, que según la impresión de los revisteros locales que la presenciaron, tuvo el siguiente resumen:

El tiempo fué bueno, y la entrada mala. La pelea de los carriquiris no agradó. Las cuadrillas estuvieron bien. Se pusieron muy buenos pares de banderillas. En la brega se distinguieron Juan Molina y el Torerito.

La tarde de Lagartijo no pasó de regular. El coloso, rendido ya por los años, no podía ocultar su decadencia. Mató los siete toros como había anunciado en las octavillas, y únicamente en el quinto hizo que lucieran los destellos de su arte.



La calle de Gavin, de Zaragoza, y en ella el recuerdo de lo que fué la "Tienda de la Reja", lugar que frecuentaban Lagartijo y Frascuelo

7 MATADORES GADITANOS HA HABIDO EN LO QUE VA DE SIGLO CÁDIZ FUE CUNA DE PAQUIRO, EL CHICLANERO Y CARA-ANCHA Miguel del Pino es el único que actualmente queda



Miguel del Pino, el último matador gaditano, en espera de la salida de las cuadrillas. En el círculo: un derribo del mismo



La provincia gaditana tiene una solera y una prosapia en los anales del toreo antiguo. De Chiclana, el Puerto, Jerez, Algeciras y hasta del mismo Cádiz han salido toreros que ocuparon un puesto destacadísimo en el escalafón taurino de su tiempo. A todo lo largo del siglo pasado, los toreros gaditanos pasearon por todas las Plazas de España la gracia, arrogancia y destreza de su arte. Puede decirse, sin hipérbole, que el siglo XIX fué el siglo de oro del toreo gaditano. Veintidós matadores tomaron la alternativa durante ese tiempo, y casi todos ellos ocuparon un puesto honroso, y algunos como Francisco Montes, Paquiro, y José Redondo, el Chiclanero, fueron dos fi-

guras gloriosas. Particularmente Paquiro está considerado como el mejor matador habido desde que el toreo existió hasta su tiempo, a pesar de que le precedieron figuras tan extraordinarias como Pedro Romero, Pepe-Hillo y Costillares. Hasta la aparición de Paquiro, el toreo era como una célula embrionaria que daba los primeros balbuceos de un arte recién nacido. A partir de él —y gracias a él—, el toreo empieza a pisar un terreno más firme, más animado y artístico. Paquiro perfecciona las suertes antiguas, a las que les presta, al ejecutarlas, una gracia y un arte hasta entonces desconocidos. Crea luego otras suertes que han de quedar como básicas y, por último, nos lega su monumental obra «Tauromaquia Completa», en la que puso de manifiesto sus profundos conocimientos del arte de lidiar reses bravas. Si Paquiro fué el maestro entonces, El Chiclanero fué su discípulo más aventajado. El mismo Montes, después de haber visto torear a José Redondo en Chiclana, lo incorporó a su cuadrilla y lo protegió cuanto pudo. No se equivocó el maestro al juzgar las cualidades artísticas de su paisano, que hizo honor a aquella protección en sus actuaciones en los taurinos ruedos españoles, y hasta aventajó, en ocasiones, al mismo Paquiro. Después de estos dos, la gracia gitana del viejo Lavi; el infortunio del malogrado Peperito II; la tenacidad de Manuel Hermosilla; el arte de Cara-Ancha y de Chicorro, gaditanos todos ellos, que pusieron de manifiesto la estirpe taurina de la bella ciudad andaluza.

Pero, una vez dentro del siglo actual, Cádiz parece dormitar sobre los viejos laureles. Ninguna figura extraordinaria salta al pabellón taurino. Se quiebra la tradicional trayectoria. Y así, en todo lo que va de siglo, sólo ha dado a la fiesta siete matadores de toros. Siete matadores de toros que no han eclipsado, ni mucho menos, las glorias de los paisanos que le precedieron, ya que han jugado un papel de segundones o de toreros del montón.

Miguel del Pino, el único matador gaditano que nos queda hoy, empezó pisando un terreno firme. Con su figura menuda, graciosa, llena de nervios, con su toro al que, varido y de repertorio extenso, tenía en su capote la sal de las marismas de su tierra. Durante varios años ha sido un novillero que ha torcado un promedio de más de treinta corridas, y cuando se decidió a tomar la alternativa, quizá no era el momento más propicio para ello, habiendo de pasar el momento psicológico más oportuno. La lista de los toreros gaditanos ha sido en el siglo la siguiente:

Diego O. Rodas, Morenito de Algeciras. Nació en Algeciras el 12 de septiembre de 1872. Antonio Fuentes le otorgó la alternativa en Barcelona el 20 de junio de 1902, al cederle la muerte del toro Gitano, de Concha y Sierra.

José Amuedo. Nació en Cádiz en 1898. Tomó la alternativa en Tarragona el 3 de junio de 1923. Satrii II fué su padrino y los toros fueron de Albarrán.

Sebastián Suárez, Chanito. Nació en San Fernando el 22 de febrero de 1891. Juan Silveti le dió la alternativa en su tierra el 22 de julio de 1920. Los toros fueron de Gallardo.

Sebastián Chaves, Chano. Nació en Cádiz en 1886. Se hizo torero en Méjico, de donde vino a España para tomar la alternativa, cosa que hizo en Cádiz el 16 de agosto de 1908. Se la dió Vicente Segura y los toros fueron de Parladé.

José Gallardo. Nació en Barbate (Cádiz), el 4-6-1909. Tomó la alternativa en Barcelona el 25 de septiembre de 1932. Chicuelo le cedió la muerte del toro Regaturo, de Julián Fernández.

Ventura Núñez, Venturita. Nació en Jerez, el 17-11-1910. Tomó la alternativa en Valencia el 18 de marzo de 1936. Ortega le cedió la muerte de un toro de Villamarta.

Miguel del Pino. Nació en el Puerto de Santa María el 20-7-1921. Tomó la alternativa en Algeciras el 14 de junio de 1943. Se la dió Manolito. Los toros fueron de Calderón.

Por LUIS GARCIA NAVAS



Miguel del Pino, recibiendo la confirmación de la alternativa, en la Plaza de Madrid, de manos de Gallito



Miguel del Pino, visto con el traje campero.

 **Caminó**
LA PAJARITA
DELICIOSAMENTE FINO

EL RUMBO DE LOS TOREROS

Por ANTONIO DIAZ-CAÑABATE



Se ha hecho un tópico de aquellas gestas de los toreros que portaban brillantes como castañas en la pechera de la rizada camisa y que por greses de un dce por tres regalaban a una moza de tronic, no se sabe si loca por sus pedaces o por los susodichos pedazos de brillantes. Ningun torero de estos moría confortado por el bienestar de una fortuna ganada en la dura pelea con los toros. Todos habían dilapidado su poco o mucho capital en lancachelas les uncs o en generosidades les ctres. A esto se le llamaba el rumbo. Y todos los escritores plañideros del ayer, consumen mares de tinta relatiándose por lo menudo el gesto de Frasuelo arrojando al ruedo su reloj y cadena de oro y un sortija de brillantes, para corresponder al brindis de un compañero, o a Cúchares reparando onzas de oro como quien reparte caramelos, o a Juan León gastándose en una juerga sus buenos seis mil reales de vellón. Estos mismos escritores lamentan la tacañería burguesa de los toreros actuales, que a lo más que llegan es a invitar a dos botellas de cerveza, después de haber cortado cuatro orejas en la Plaza de Madrid.

No se puede tachar de enemigo del pasado. Muchos veces incedo en ese plañir por glorias y tiempos idos. Soy de los que con er tan en el tardido, después de ver practicar la suerte del volapié a un matador de los de ahora. «Sí, no ha entrado mal, pero es que ustedes no vieron matar a Machaquito; ese, ese, era un matador». Claro es que esto lo dice uno sin pensarlo demasiado, irás bien por dáselas de sabihondo. A pesar de esto, y precisamente por esto, se me permitirá que no crea a ojos cerrados la leyenda del rumbo de los toreros antiguos. Habría de todo, como ahora. Lo que pasaba era que, entonces, la gente se asustaba por poco. Y en cuanto un señor se gastaba diez duros, uno detrás de otro, creían, no que se arruinaba el que se les gastaba, sino que peligraban incluso los tesoros del Banco de España. Y ahora, en cambio, no asusta a nadie el que un torero se gaste ciento veintiocho pesetas en convidar al aperitivo a dos amigos en cualquier bar de esos elegantes.

Es evidente el aburguesamiento de los toreros. Evidente y lamentable. Pero esto no quiere decir que sean tacaños de profesión. Ya no llevan brillantes. Hasta hace muy poco los llevaban montados en sortijas. Era lo primero que se compraban en cuanto reunían los primeros duros. En el caudal inagotable de anécdotas del magnífico Rafael, el Gallo, hay ésta que me parece poco conocida. Apareció un día Rafael en el café lujiendo en el dedo meñique de la mano izquierda un grueso brillante engastado en platino. Los amigos se quedaron deslumbrados. Rafael no le daba importancia. Uno de los amigos le preguntó:

—¿Ya te habrá costado el brillante, ese!

Y Rafael, el Gallo, con toda naturalidad contestó:

—Ná, no me ha costado ná, un regocio que he hecho, me he arreglado con un joyero muy amigo mío y yo le doy todos los días cinco duros y cuando me canse de llevarlo se lo devuelvo y en paz.

Ahora les ha dado por las gafas negras, y como no son muy caras, pues hasta las llevan los puntilleros, incluso a las doce de una noche de enero. Pasó la moda de los brillantes. ¿En qué se gastan ahora el dinero los toreros? Pues en muchas cosas. Una de las primeras y de las que más billetes se llevan son las fotografías. Hasta a los festivales acuden nubes de fotógrafos que impresionan rollos y más rollos de los matadores en actitudes preciosas. Esto de la fotografía ha influido de mane'a decisiva en el torero. Ya es hora de decirlo, que me perdone don Juan Belmonte, pero el verdadero revolucionario del torero no es él, sino la «Leika». Hoy se t'rea, no para el toro, sino para la fotografía. Y así sale ello. El peor de los novillers presenta una colección de fotos tan maravillosas que uno se pregunta: ¿Pero, bueno, y este hombre cómo ro torea ciento sesenta corridas todos los años? Y es lo que él dice: «Pues ya ve usted, la mala suerte, se las he enseñado veinte veces a don Eduardo Pagés y como si nada!». Enlazada con esta cuestión de las fotografías está la propaganda. La desorbitación de la propaganda ha traspasado los límites del ridículo. Según los técnicos de este nuevo arte, a la aparición de un producto industrial o comercial debe anteceder una intensa, continua y variada propaganda. Y los toreros han picado y ahora en cuanto un chaval se decide a ganar millones con los toros, en lugar de irse al campo, a las capeas y a las tientas a aprender, se dirige a un agente de publicidad y contrata una serie de anuncios proféticos en donde se comunica al mundo que ha nacido un nuevo torero que va a acabar con el torero. El rumbo de los toreros en cuestión de anuncios deja en maritillas a Frasuelo, al Tato y al Chiclanero. Y ya entre el café y el limpiabotas agotan el dinero de la temporada.

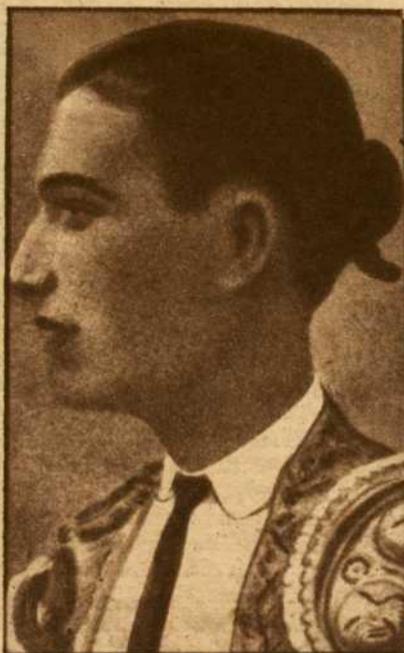
Desde luego el tipo de torero juerguista se acabó hace rato. Bien es verdad que también se acabaron las juergas. En esto del cante flamenco si que cualquier tiempo pasado fué mejor. Entre los fandanguillos y las canciones p' bulerías han terminado con el cante. ¿Quién les iba a decir a los hermanos Quintero que sus versos de la comedia «Amores y amorfes», aquellos que empiezan: «Era un jardín sonriente; era una tranquila fuente de cristal...», hechos para recitálos en los guat'ques familiares, se iban a convertir en letra de una bulería ertonada a las cinco de la mañana en una juerga triste y lánguida. Así no hay forma y los toreros prefieren leer novelas policíacas que sólo cuestan dos pesetas. El rumbo de los toreros, como todo, se ha transformado. Les hay que cuando toorean se gastan en entradas para regalar a los amigos más dinero del que cobian por la corrida. El torero, como buen artista, es muy vanidoso y por la vanidad no es que se arruinen, pero sacrifican bastantes pesetas. También ocurre que la gente, como oye hablar tanto de las fabulosas ganancias de los toreros, cree que éstos deben vivir como el Aga Kahn, pongo por marajá indio con algunas piactas y si los ven comiendo en una taberna con cuatro amigos, pues se llaman a engaño y los ponen de roñosos que no hay por donde cogerlos.



FRANCISCO VEGA DE LOS REYES

GITANILLO DE TRIANA

Por BARICO



Vayan ustedes a saber lo que hubiera sido Francisco Vega de los Reyes si en vez de nacer en la calle de Rodrigo de Triana, el 23 de septiembre de 1903, y trabajar en la herrería que su padre tenía en la calle de los Pajes del Corro, hubiera venido al mundo en una ciudad de las muchas que hay por esos mundos de Dios, en las que se cultivan las Bellas Artes. Seguramente hubiera llegado a ser un gran pintor, un escultor famoso o... lo que hubiera querido. Cualquier cosa que no requiriera específicas condiciones físicas. Francisco Vega no era ni más ni menos que un artista excepcional. Diferente a todos los toreros. Los toreros, cuando más, llegan a eso que ahora hemos dado en llamar «toreros artistas». Ya es bastante. Es algo que muy pocos pueden alcanzar. Francisco Vega era el artista que se hizo torero.

Vivía en Triana, había toreado en plena calle, con Cagancho, una res desmandada. Ni tenía ni dejaba de tener afición al torero. Vió, en aquella primera ocasión, que en el torero podía y debía haber arte; el arte que su temperamento le gritaba que podía llevar a la lidia de toros bravos. Nunca concibió la lucha con el toro. Cuando las reses que le correspondían no se prestaban a la realización de sus concepciones artísticas, renunciaba a eso que conocemos por brega inteligente. No «se tapaba». ¿Para qué? Lo suyo no era eso. Era otra cosa más alta, con más raíz en el corazón que lo que los otros hacían. O arte puro o a esperar la ocasión de convertir su sueño en realidad. Esto comprendió Belmonte cuando vió torear al mozo en una tienda celebrada en la ganadería de Moreno Santamaría. Y Belmonte lo dijo. Y con él, Antonio Cañero y Fernando Gillis y otros grandes aficionados que vieron cómo toreada el herrero de Triana.

Se hablaba en Sevilla del estilo de Curro Puya y a San Fernando fueron los buenos aficionados el 18 de mayo de 1924, por comprobar si era cierto todo lo que del muchacho se decía. Alternó el gitano con Manuel Fernández en la lidia de cuatro novillos de Félix Gómez. Una cornada se llevó el mozo y los aficionados la seguridad de que Belmonte no se había equivocado.

El 30 de julio de 1926 se presentó Gitanillo en Madrid. Cuatro novillos de Coquilla y los del duque de Tovar. Lagartito y Julio Mendoza fueron sus compañeros aquella tarde. No dió todo lo que en otras ocasiones; pero ya Gitanillo de Triana fué tomado en cuenta. El artista que se hizo torero, aun en una tarde gris, no pudo pasar inadvertido.

El 28 de agosto de 1927, Rafael, el Gallo, le cede en el Puerto de Santa María el primer toro, Vigilante, de la ganadería de Concha y Sierra. El 6 de octubre, el mismo Rafael le confirma la alternativa en Madrid con toros de Julián Fernández. Alterna con ellos Juan Belmonte.

Francisco Vega de los Reyes es un torero excepcional. A veces, en toda una corrida, le bastan unos lances de capa para mantener en alto su pabellón. El no se viste nunca de luces con el propósito de cumplir. Va a lo suyo. Y lo suyo no puede parecerse nunca a lo vulgar. Va a crear. No pretende defenderse de nada ni de nadie.

Y llega la temporada de 1931. Dieciséis corridas lleva toreadas cuando se le anuncia en Madrid para torear, el 31 de mayo, toros de Antonio Pérez. Al dar un muletazo por alto, Fandanguero lo enganchó, derribó y corneó. Lalanda hizo el quite con toda celeridad. Desgraciadamente, Marcial no llegó a tiempo. El 14 de agosto falleció a las siete y media de la mañana.

Larga, terrible, agonía la de aquel mozo trianero que nació artista y fué luego torero. Aun hoy se le recuerda cuando al gún torero apunta algo excepcional. Lo oiréis muchas veces: «Torea muy bien, muy bien. Recuerda a Curro Puya». Si el torero tiene algo de artista, le agradecerá este elogio.

Gran cosa es en toreo parecerse a aquel herrero del barrio de Triana, a quien, como a todos los elegidos, persiguió la desgracia.

BEBAN SIEMPRE
Manzanilla
LA GITANA

DOS MOMENTOS EN LA VIDA DE MAZZANTINI

Fué el único matador de toros a quien sus compañeros antepónían el Don a su nombre

Por FEDERICO OLIVER

ERA yo un muchacho, y como todo adolescente criado en la luminosa Sevilla, tenía el magín repleto de toda suerte de gallardías toreras. Por entonces los nombres famosos de Lagartijo y Frascuelo eran las estrellas binarias del firmamento taurino. Yo los seguía fascinado por las calles en los días remotos de aquellas inolvidables ferias de abril. Vestían de corto, a lo majo, con sombrero de queso y faja bordada, igual que el veterano *señor* Manuel Domínguez, el de «no ha sido nada lo del ojo», cuando iba a los toros en su recia ancianidad, rodeado de amigos, el puro en el bello y en la diestra el palasán de puño de marfil que marcaba el paso sonoro de aquel patriarca del ojo huero y de las blancas patillas hirsutas.

El pueblo sevillano, marco y fondo de mi niñez, era un pueblo embastecido por el lenguaje gritón de las Plazas de Toros y el de los colmados de las bateas de cañas y los jipios en camarote. Valentón y flamenco *porque sí*, gustábase peñarse en recta hacia los ojos los tufos o persianas, como decían sus hermanos los chulos de la Corte. Y cosa extraña: aquel pueblo de finos cantares poéticos tenía a menos expresarse con finura en la conversación usual. Parecía ridícula la palabra delicada y culta. Y en cuanto al vestir, en el imperio del sombrero ancho no cabía siquiera la rivalidad del hongo, sombrero de la clase media, satirizado burlescamente con el remoquete de *bombín*. Y no digamos nada del sombrero de copa. Si un despistado se atrevía a profanar las calles del barrio de Triana o del barrio de San Bernardo vestido de levita y chistera, ya podía taponarse los oídos contra el abucheo de la chusma infantil:

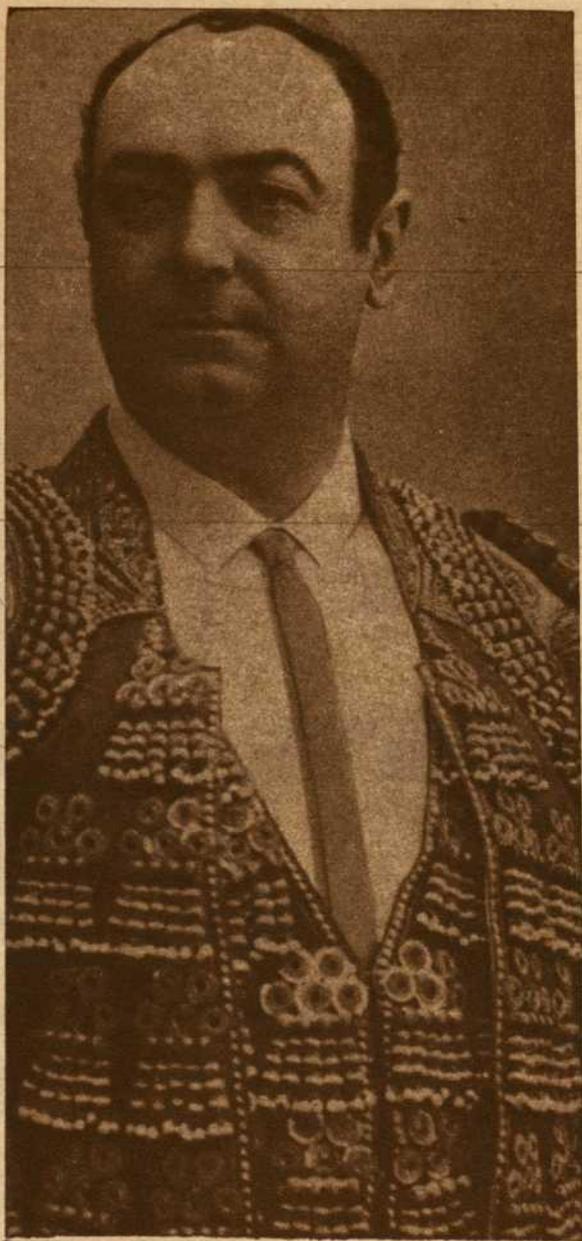
*El de la castora,
que se la quiten,
que se lo pongan
en las narise.*

¡Mazzantini! El «Don Luis» de don por antonomasia merecido, fué una bomba, un estallido trascendente y revolucionario en las corridas de toros. A él se debe el decoro social con que hoy se nos presentan los toreros. El, ameno y cultísimo conversador que sabía expresar en tres idiomas sus ideas, que llevaba el frac con la misma distinción que prestancia el vestido de luces, fué el precursor del tipo correcto, sin ser aseñorinado, de Ricardo Bomba, Juan Belmonte, los hermanos Bienvenida y tantos otros. Claro que esto ponía nervioso al Guerra, tan apegado a la tradición que yace en el sepulcro vestido de corto; pero fuerza es reconocer que el señorito del *pescao frito*, como Rafael Molina llamaba a don Luis, supo exaltar su arriesgado oficio a una dignidad por entonces desconocida. Gracias a él los empresarios se vieron en el trance de pagar con más largueza los honorarios de los que juegan su vida para divertir al público. Por taumaturgia de su tesón los ocho mil reales del siglo XIX se convirtieron en las ocho mil pesetas —áureas entonces— de la última década del siglo. Lagartijo y Frascuelo, pasmados y absortos, no podían comprender que un mosito *pastiri*, de tirilla y *bombín*, les enseñara a ganar el dinero.

Rey del volapié y torero a la moda, formó trío en los carteles nada menos que con Lagartijo y Frascuelo. Adorado por las mujeres y envidiado por los hombres, su imagen apolínea se multiplicaba en las vitelas de los abanicos, en los billetes del ómnibus, en las etiquetas de los vinos generosos y en las cajas de cerillas. «Las viejas ricas de Cádiz» le cantaron sus mejores tanguillos. La curiosidad callejera importunaba su paso, y toda la gloria, en fin, del arte que vino del cielo, nimbaba la persona del interesante lidiador.

Pero este bello Adonis de la torería tuvo en Sevilla un enemigo: el hombre de la Cava o los suburbios, fauna del tendido de sol. Para este hombre vociferante, de cerebro mojado en vino duro, un torero bonito que hablaba *francaise* no podía ser torero. El torero tenía que ser basto como él, *echao pa alante* como él, chirigotero como él; y como él, debía decir *haiga* y *naide*. Lo demás era una estafa.

Y como en nuestro país, por desgracia, el triunfador popular ha de tener una tara vergonzosa para que la envidia colectiva consuele su rencor con una veta de desprecio por lo mismo que admira, dicho se está que Mazzantini, en su aparición fulgurante, tenía que sufrir la baba de plebeyas insinuaciones. Y una tarde de toros, cuando exponía su vida ante la fiera en el último tercio de la lidia, restalló en su oído como un latigazo la fea palabra que mancillaba su hombría. Y como no era hombre que tolerase tal ni a otro hombre ni a una plebe, sin tener en cuenta que dejaba al toro a sus espaldas, volvióse al tendido con los ojos como rayos para localizar al *valiente*. En aquel mo-



La última fotografía de Mazzantini vestido de torero, hecha el año 1905 en Guatemala

mento se arrancó la fiera y le produjo la cornada más grave de su vida.

Aquella noche, Sevilla, consternada, palpó de angustia.

¡Quién me había de decir que andando el tiempo me honraria con estrechar la mano franca y cordialísima de aquel pundonoroso caballero que se llamó en el mundo Luis Mazzantini! Ya en el ocaso de su carrera fuimos amigos por afinidad y recíproca inclinación. Y digo a este propósito que guardo una curiosa anécdota, suya y mía, que ahora escribo porque no quiero que se apolille en los desvanes de mi memoria. Ello fué que coincidimos en un hotel de Barcelona cierto día lejano en que mi amigo toreaba en la Plaza de Toros de la Barceloneta en unión de otros espadas cuyos nombres no he podido retener. Lo que sí recuerdo con exactitud es que mi amigo tuvo la gentileza de convidarme con una entrada de palco para verle torear. A mi salida del hotel, llegada la hora de la fiesta, lo vi en el bordillo de la acera con ánimo de montar en un carruaje. A Mazzantini le gustaba dirigirse a la Plaza solo y en coche descubierta. Verme e invitarme a que le acompañara fué cosa de un momento. Me rendí a su insistencia con forzada cortesía, porque en el fondo no me entusiasma exhibirme en una tarde luminosa por las calles de Barcelona como apéndice de una celebridad vestida de oro, por muy querida que esta celebridad fuese para mí. Así llegamos a la puerta del patio de caballos de la Plaza, no sin sufrir la compañía indeseada de chiquillos y mozancones que corrían como demonios a uno y otro lado del coche. Apeóse Mazzantini, y luego de deseárselo buena suerte, me recomendó que al término de la corrida le aguardase puntual en aquel sitio.

Asistí al espectáculo, y en Dios y en mi ánimo aseguro que precisamente este recuerdo es lo que no quisiera recordar. No es espectáculo grato para el amigo la mala ventura de su amigo. Atleta o lidiador, tienen la vejez prematura, y el pobre don Luis se hallaba en los años en que se vislumbra el declive fatal. ¿Por qué toreaba? Creo que porque tenía que torear. Sus reveses económicos como empresario y ganadero le obligaban a torear. Aun me parece verlo, pesado, apoplético y torpón, pasar de nueleta con montazos inseguros a un luey marrajo que eternizaba su agonía... Volaban sobre él almohadillas y naranjas, y por un momento tembló por su vida cuando vi rezar sus sienes, como una bala, una botella de cerveza. Creo que estas costumbres frénéticas se han suavizado, pero...

No lo pude sufrir. Y como mi impotencia era superior al espectáculo, prescindi del espectáculo.

Ya fuera del recinto, una penosa perplejidad retuvo mis pasos con titubeos. Mazzantini me había pedido que le esperara en el coche. ¿Cómo ir? ¿Cómo no ir? ¿Qué me decía él? ¿Qué le decía yo? Y entre duda y duda, entre pregunta y pregunta, sin saber lo que hacía, me encontré como un autómatas ante el estribo del coche.

Hasta mi llegada el clamor ululante multitudinario, más fiero que las fieras. Y sentí pesar... Y disgusto. No por la fiesta en sí, todo lo viril y plásticamente bella que quieren sus apasionados y que yo no discuto, sino por su condición categórica de ser un espectáculo de sangre y sol que exalta, descubre y saca a la superficie los posos crueles que dormitan inconscientes en los turbios estratos del alma inhumana. Esto no lo puedo comprender el aficionado de buen corazón y recto juicio... ¡Ay, si se asomara al pensamiento de algún *exergúmeno* del tendido!

La llegada de don Luis interrumpió el curso de mis reflexiones. Su maciza figura venía poseída de un leve temblorcillo. Su boca aparecía trenzada por un rictus amargo que me daba a entender su justo resentimiento. No le dije nada. Montamos en el coche y partimos hacia el centro de la ciudad.

Una pausa penosa velaba una lejanía entre nosotros. Pasaron unos minutos. Con el rabillo del ojo atisbaba yo el borbotón de ira de su pecho. Su mano fuerte plegaba la seda del capote sobre las rodillas con rectas crispaturas. Buscaba yo en vano una palabra sedante cuando mi amigo rompió el silencio:

—¡Quisiera ser Nerón por unas horas —dijo sin mirarme— para rodear de llamas esa Plaza de Toros con sus espectadores dentro, sin que uno solo se librase de morir achicharrado!

Ai oír tamaño desahogo, tan ajeno a su buen natural, quise hacerle sonreír y le dije con aflicción cómica:

—¿A mí también, don Luis?

Don Luis me miró de hito en hito, y afirmó rotundo:

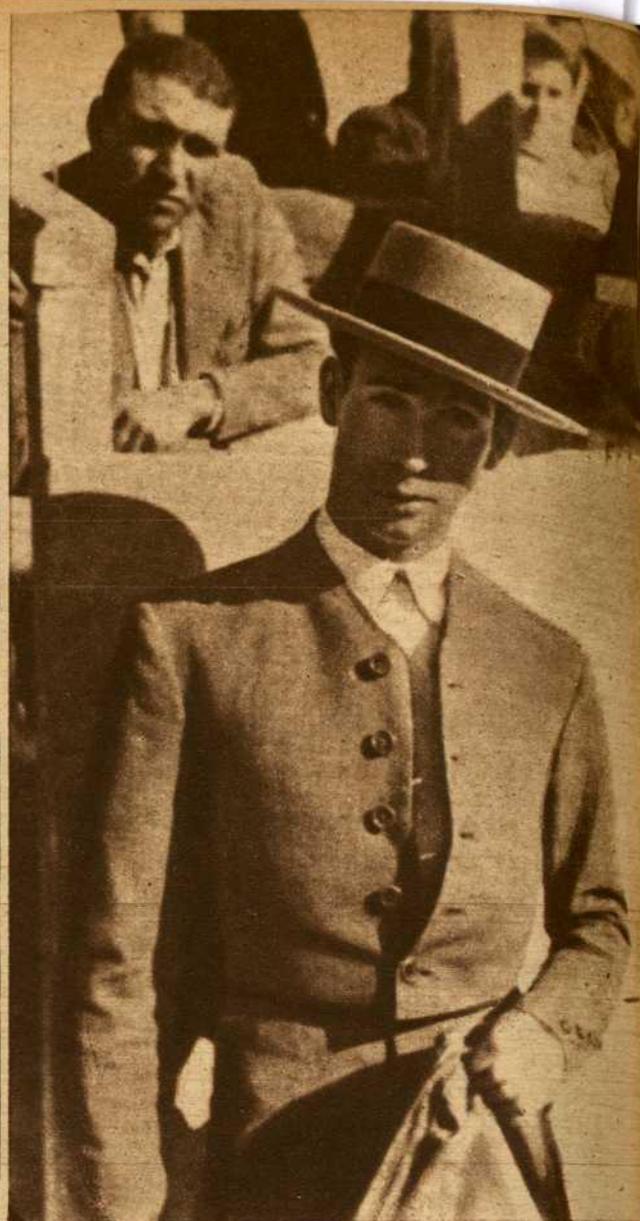
—¡Y a usted también!



Morenito de Talavera, que actuó en el festival de Santa Cruz de la Zarza



Angel Luis Bienvenida, en espera de comenzar su actuación en el mismo festival



Aguado de Castro, que alternó con los hermanos Bienvenida y Morenito de Talavera



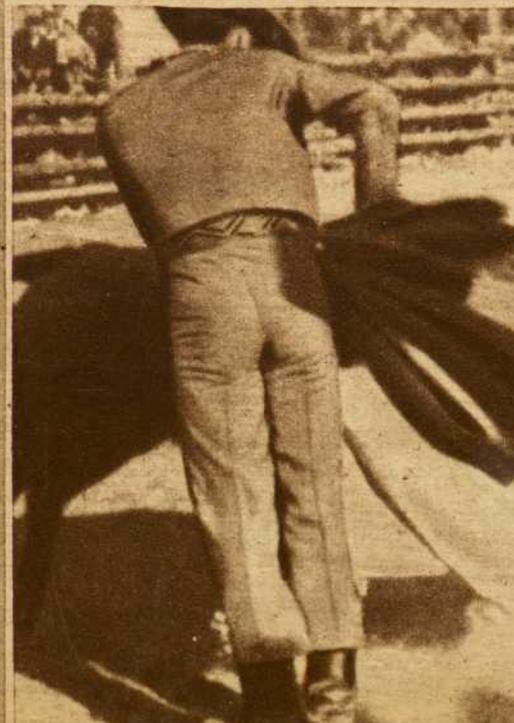
Aguado de Castro da media verónica al novillo que lidió. Abajo: los cuatro matadores que intervinieron en Santa Cruz de la Zarza: Juanito Bienvenida, Aguado de Castro, Morenito de Talavera y Angel Luis Bienvenida

FESTIVAL en Santa Cruz de la Zarza

**MORENITO DE TALAVERA
ANGEL LUIS BIENVENIDA
AGUADO DE CASTRO
JUANITO BIENVENIDA**

Angel Luis Bienvenida rematando media verónica en dicho festival, luciendo en su actuación con la capa (Fots. Rocha.)

El pequeño de la dinastía Bienvenida, Juanito, que tomó parte en la fiesta taurina de Santa Cruz de la Zarza





La media verónica
(Dibujo de Perea)



Toreros célebres: Gitanillo de Triana.

Editorial Espasa Calpe